

*[Full paper]*

## Diferendo textual entre anarquistas y nacionalistas en torno al primer Centenario

Hugo R. MANCUSO  
FFyL- UBA  
CONICET  
R. Argentina  
✉

**Resumen:** Retomando conclusiones precedentes acerca de las principales respuestas teóricas, estéticas e ideológicas ante la praxis política y cultural del anarcosocialismo en Argentina, que –en sus distintas variantes– hegemonizaron la clase obrera (especialmente sindicalizada y de origen inmigratorio), en la presente investigación se contrasta este diferendo a partir del análisis de la dialogicidad responsiva entre dos textos arquetípicos y fundadores de ambas tendencias: *El diario de Gabriel Quiroga* de Manuel Gálvez que responde a *El crepúsculo de los gauchos* de Félix Basterra.

A partir del Centenario, distintas corrientes político-culturales «neoconservadoras» o «integristas», pretenden reconquistar el dominio del principio de verosimilitud del campo intelectual contemporáneo que sienten cuestionado. Esas corrientes distan de ser homogéneas y se desarrollan con notables variantes, en un arco que se extiende desde grupos neo-espiritualistas progresistas (de inspiración social-cristianas y modernistas, no sólo católicas) hasta corrientes del más extremo nacionalismo integrista, pasando por infinitas variantes intermedias, criollistas, tradicionalistas e incluso científicistas.

Sin embargo, cuando el nacionalismo parece alcanzar su máximo esplendor (hacia 1930) corre una suerte análoga al anarquismo, disolviéndose (en su versión «canónica») hacia 1940/1945, proceso que coincide con la Segunda Posguerra y con la formación del peronismo. No obstante el imaginario social de la segunda mitad del siglo XX, sincretiza algunos postulados fundamentales de ambas tendencias, las cuales disputaron, palabra a palabra la resolución del conflicto ideológico planteado precisamente en torno al Primer Centenario.

**Palabras claves:** Criollismo – Integristismo – Socialismo – Tradicionalismo – República Argentina.

### Textual Controversy between Anarchists and Nationalists over the First Centenary

**Summary:** Taking up earlier conclusions about the main theoretical, aesthetic and ideological answers to the political and cultural praxis of anarcho-socialism in Argentina, which, in its different variants, hegemonized the working class (particularly unionized and of immigrant origin), the present study approaches this controversy based on the analysis of a responsive dialogue between two texts, archetypal and founders of both trends: *El diario de Gabriel Quiroga* by Manuel Galvez and *El crepúsculo de los gauchos* by Felix Basterra.

From the Centenary on, different political and cultural currents, "neoconservatism" or "integralism" seek to regain the control of the likelihood principle on the contemporary intellectual field that seems challenged. These trends are far from homogeneous and they develop with significant variations, that go from neo-spiritualist progressivism (social-Christians and modernists, not just Catholics) to the most extreme integralist nationalism, through infinite intermediate variants as "criollism"( criollismo), traditionalism and even scientificism.

However, when nationalism seems at its peak (around 1930) it meets a similar fate as anarchism, dissolving (in its canonical version) towards 1940/1945, a process that coincides with the post- Second World War and the formation of the peronism. Nevertheless, the social imaginary of the second half of the twentieth century syncretizes some fundamental postulates of both tendencies, which dispute, word by word the resolution of the ideological conflict raised precisely around the First Centenary.

**Key words:** Criollism – Integralism – Socialism – Traditionalism – Argentine Republic.

Retomando conclusiones precedentes, acerca de cómo y cuáles fueron las principales respuestas teóricas, estéticas e ideológicas ante la activa praxis política y cultural del anarcosocialismo en Argentina que –en sus distintas variantes– hegemonizaron la clase obrera especialmente sindicalizada y de origen inmigratorio (Godio & Mancuso 2006, Mancuso 2007), en la presente investigación se contrasta este diferendo a partir del análisis de la dialogicidad responsiva entre dos textos arquetípicos y fundadores de ambas tendencias: *El diario de Gabriel Quiroga* de Manuel Gálvez (1910) que responde a *El crepúsculo de los gauchos* de Félix Basterra (1903).

A partir del Centenario, distintas corrientes político-culturales «neoconservadoras» o «integristas», pretenden reconquistar el dominio del principio de verosimilitud del campo intelectual contemporáneo que sienten seriamente cuestionado. Esas corrientes «reaccionarias» distan de ser homogéneas y se desarrollan con notables variantes, en un arco que se extiende desde grupos neo-espiritualistas progresistas (de inspiración social-cristianas y modernistas, no sólo católicas) hasta corrientes del más extremo nacionalismo integrista, pasando por infinitas variantes intermedias, criollistas, tradicionalistas e incluso científicistas.

Nuestro punto de vista pretende plantear la discusión tópica fundamentalmente al planteo textual y discursivo y no al relato fáctico de hechos simplemente «objetivo» y sobre todo relacionar de modo explícito y conflictivo las ideas hegemónicas en un *hic et nunc* de la cultura.

No se niega, evidentemente, que las cruentas represiones contra el anarquismo expliquen su decadencia, muy por el contrario; sin embargo, estos hechos distan de explicarla de modo excluyente. Considerar en cambio la dimensión teórico-textual y la consecuente circulación de textos «pedagógicos» en todos los estratos culturales, podrá explicar más ricamente, este proceso y así dar cuenta de la interacción e interrelación, diálogo y refracción entre el discurso anarcosocialista en sus distintas facetas y las distintas corrientes de la reacción tradicionalista (conservadora, espiritualista, nacionalista o integrista).

Un buen ejemplo de encadenamientos textuales, donde cada obra pretende refutar o por lo menos responder o completar a la anterior, lo ofrecen los numerosos ensayos referidos directa o indirectamente a Domingo Faustino Sarmiento. Tómese por ejemplo la serie que inicia en *Bibliografía de Sarmiento* de Ricardo Rojas (1911); *Historia de Sarmiento* de Leopoldo Lugones (1911); y numerosos capítulos dedicados en la *Historia de la Literatura Argentina* también de Ricardo Rojas (1917-1922); *Vida de Sarmiento* de Manuel Gálvez (1922); *La vejez de Sarmiento* (1927) y *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina* (1938) de Aníbal Ponce; *Radiografía de Sarmiento* de Celedonio Galván Moreno (1938); *Sarmiento* de Bernardo González Arrili (1946); y nuevamente de Rojas, *El pensamiento vivo de Sarmiento* (1941) y *El profeta*

de la Pampa (1945)<sup>1</sup>. En esta serie, donde se alternan en la lectura e interpretación de Sarmiento (de su obra y de su política) socialistas, libertarios, radicales, comunistas y nacionalistas, se disputa no sólo la correcta interpretación del Sarmiento intelectual y estadista sino la propiedad, en sentido lato del mismo. No deja de ser significativo que Manuel Gálvez, quien en 1910 escribe el extremo *Diario de Gabriel Quiroga* (cfr. *infra*) en cuyas líneas cita, disputa y refuta *El crepúsculo de los gauchos* de Félix Basterra (1903), en 1945 –contemporáneamente al advenimiento del peronismo (al cual saludó el 18 de octubre con un curioso artículo publicado en *La Prensa*)– concluye su monumental biografía de Sarmiento con una frase significativa:

Las ocultaciones se refieren a dos aspectos de su vida: su autoritarismo y sus sentimientos religiosos. El objeto ha sido presentarle como *demoliberal* [subrayado nuestro] y como desprovisto de creencias [sic]. *Hoy los izquierdistas lo hacen suyo*. ¡Y no hubo nadie que fuese más hombre de orden, más conservador! De haber vivido ahora [N.B. 1945] la demagogia no habría tenido mayor enemigo (1922 [1945]: 803).

Así, Gálvez –el hidalgo– queda como el garante de la propiedad y de la correcta lectura del prócer que busca la verdadera identidad nacional, cerrada, estable, y formula una clara reivindicación de clase. Parecería afirmar todavía en 1945 –y es clara la alusión a la lectura de Aníbal Ponce principalmente– «Sarmiento es nuestro, no de los izquierdistas, no de la plebe ultramarina. Si va a ser criticado o elogiado, es a nosotros a quien corresponde hacerlo».

Otro indicador significativo lo constituye una serie de obras de Alberto Ghirardo que se proponen releer la historia de la cultura Argentina desde la perspectiva anarquista: *La Argentina. Estado social de un pueblo* (1922) o *El pensamiento argentino* (1937) buscan enunciar desde la hegemonía alternativa que representaba la cultura anarquista de entonces un relato distinto de la sociedad que escapase a la concepción patricia. Lo mismo ensaya en *La novela de la pampa* (1934) donde trata de construir una ficción gauchesca pero en clave anarquista y no tradicionalista. *El país de la selva* de Ricardo Rojas (1907) encuentra otra voz, una replicancia que complejiza la trama de la circulación de ideas en el período. Finalmente, intentos análogos lo constituyen *Dos palabras* (1900); *Sobre ciencia social* (1901); *El crepúsculo de los gauchos* (1903); *Política de los partidos políticos* (1904); *Asuntos contemporáneos* (1908) de Félix Basterra y *La juventud intelectual de la América Hispana* (1911) de Alejandro Sux. A su vez, estos textos (publicados muchos de ellos en Madrid, Santiago de Chile, París o Montevideo) no dejan de circular en el campo intelectual argentino y funcionan como una prótesis

<sup>1</sup> Recuérdese que ya existía para la época, una edición de las *Obras Completas* de Sarmiento editada por Augusto Belín Sarmiento y Luis Montt, publicada entre 1884 y 1903.

que incita a que la cultura patricia responda a la inesperada apropiación que del capital simbólico estaba realizando la *intelligenzza* anarquista, la que a su vez relea la historia patricia desde una perspectiva alternativa a la historiografía lineal decimonónica.

Sin embargo, cuando el nacionalismo parece alcanzar su máximo esplendor (hacia 1930) corre una suerte análoga al anarquismo, irreversiblemente desplazado, disolviéndose rápidamente (al menos en su versión «canónica») hacia 1940/1945, proceso que coincide con la Segunda Posguerra y con la formación del peronismo. No obstante el imaginario social de la segunda mitad del siglo XX, sincretiza algunos de los postulados fundamentales de ambas tendencias, las cuales disputaron, palabra a palabra la resolución del conflicto ideológico planteado precisamente en torno al Primer Centenario.

### ***El crepúsculo de los gauchos o la prótasis anarquista***

En 1903 se publica un libro, en muchos sentidos, curioso, notable: *El crepúsculo de los gauchos. Estado actual de la República Argentina*. Su autor es Félix B. Basterra [1858?-1926], anarquista español, radicado en la Argentina desde 1899.<sup>2</sup>

Este texto, así como otros del autor o de autores como Enrico Malatesta [1853-1932], Alejandro Sux (alias de Alejandro José Maudet) [1888-1959], o Alberto Ghirardo [1875-1946], representan lo que Gabriel Quiroga calificaba como «la literatura del inmigrante» que «retiene cierta hostilidad envidiosa», y «apesta a conventillo», a «socialismo o anarquismo».

En realidad es un texto breve, casi periodístico, estructurado como un breve ensayo de interpretación y que puede leerse también como un *cahier* de viaje o manual de advertencia para el viajante o el inmigrante que alerta sin tonos medios, de los supuestos peligros que debería afrontar un europeo de paso o con intención de inmigrar en la República Argentina. Es por ello que se divide en siete capítulos, a saber: «Al bajar»; «Estado económico»; «Estado político»; «Estado judicial»; «Estado social»; «Estado calamitoso» y «Al volver».

Cada capítulo, además, está prologado por un epígrafe de Alberdi que explicaría la causa de lo que describe luego el texto y que mostraría además la distancia que todavía subsiste entre la hipótesis de Alberdi y su «sueño» de transformación.

Conociendo además el contexto de la emigración/inmigración europea a América, es claro que Basterra trata de deconstruir y llamar a sus paisanos europeos a la realidad, forzándolos a reflexionar el mito de «América», pues:

---

<sup>2</sup> Escapa a Montevideo en 1902, expulsado al intentar reingresar en 1903, regresa a Buenos Aires hacia 1910 donde muere en 1926.

En muchas regiones europeas, donde se nota un exceso de habitantes, como resultado de una pletórica producción, o a consecuencia de un lento desarrollo de la industria y de la agricultura, suena la palabra «América» – en sinónimo de Buenos Aires o República Argentina, como un mágico ruido, aéreamente sonoro y evocador del prodigioso *Cipangu* (Basterra 1903:9).<sup>3</sup>

Este párrafo inicial del texto es fundamental para entender algunos aspectos de la emigración europea hacia América y de su acogida en el Río de la Plata. Principalmente se destaca la mistificación del destino americano, la sobrevaloración de las expectativas de parte de los emigrados y la ignorancia de las condiciones reales de la acogida, mucho más hostiles de cuánto imaginado.

Asimismo, como se explicara en otras sedes,<sup>4</sup> la emigración a América desde *todos* los países europeos (no sólo de los países mediterráneos) hacia *algunos* países americanos (Argentina, Uruguay, Brasil, Estados Unidos) fue inspirada, incluso, en las conclusiones del Congreso de Viena (1814-15) y su rediseño social y político del continente europeo y americano, muy especialmente a partir de las sucesivas series de revoluciones ocurridas en torno a 1848, la reunificación italiana (1862) y alemana (1871) y la aceleración del proceso de industrialización en la cuenca del Ruhr, centro de Francia, noroeste de Italia y sur de Inglaterra y Gales. La transformación de la economía europea, el nacimiento de los obreros industriales urbanos, el abandono de zonas agrícolas y la necesidad de extender ésta a nuevas regiones del planeta, preferentemente americanas.

Además, con este proceso, fue solidario el desarrollo de la literatura popular, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, con las novelas de aventuras (Alejandro Dumas, Robert L. Stevenson, Arthur Conan-Doyle, Edgar Rice Burroughs, Joseph Conrad, Jack London)<sup>5</sup> las juveniles y de educación

---

<sup>3</sup> La primera edición del libro fue en Buenos Aires en la Editorial Claudio García en 1903. En cambio ésta y las sucesivas citas están tomadas de la reciente edición de 2005 (Córdoba: Buena Vista).

<sup>4</sup> Vedi Mancuso & Minguzzi (1999) y Mancuso (2001).

<sup>5</sup> Alejandro Dumas [Villers-Cotterêts, 1802 – 1870 Puys] novelista y dramaturgo francés, autor de *Aventuras de John Davys* (1840), *Los Tres Mosqueteros* (1844), *El conde de Montecristo* (1845), *El camino de Varennes* (1860), entre muchas otras. Robert L. Stevenson [Edimburgo 1850-1894 Samoa] Autor de *Un viaje al continente* (1876), *La isla del tesoro* (1883); *La flecha negra* (1888), *El diablo de la botella* (1893). Arhur Conan-Doyle [Edimburgo 1859-1930 Crowborough] autor de *Estudio en escarlata* (1887), *El signo de los cuatro* (1890), *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1891-92), *El sabueso de los Baskerville* (1901-02) entre otras, que conforman el canon holmesiano (conjunto de textos que tienen por protagonista a su personaje más célebre: el detective Sherlock Holmes). Edgar Rice Burroughs [Chicago 1875-1950 Encino], autor de la extensa serie de Tarzán, que inicia con *Tarzan de los monos* (1914) y de las aventuras de John Carter en Barsoom. Joseph Conrad, [Berdyczów (hoy Ucrania) 1857-

sentimental (Edmundo De Amicis)<sup>6</sup> las de aventura-ficción (Julio Verne, Emilio Salgari)<sup>7</sup> y los diarios de viajes (reales o ficticios publicados en revistas como *L'illustration*, *L'illustrazione*, *Around the World*, *Mme's Journal*, etc.). Este corpus textual mostraba las enormes posibilidades que ofrecía el mundo a quien dejara la seguridad de su vieja casa ancestral, posibilidades materiales, intelectuales, de gloria y fama, omitiendo la hostilidad de la acogida o presentando las dificultades como peripecias de la aventura.

La hostilidad manifiesta, el peligro de muerte por violencia o enfermedades, se omitía sistemáticamente y, así, el imaginario inmigrante carecía del adecuado espesor del riesgo inminente.

Por ello el texto de Basterra se propone como un anti-*Manual del inmigrante*<sup>8</sup> o como un *vademécum* alternativo que incluía aquello que el manual oficial omitía. Pero también y a pesar de su brevedad, se muestra como un complemento, una *addenda* cruda, directa y descarnada a *Facundo*. Basterra, extranjero, anarquista, «resentido» escritor inmigrante –al decir de Gálvez– podía decir lo que Sarmiento callaba o no veía o al menos eso es lo que Basterra suponía.<sup>9</sup>

Basterra es un libertario pero también un espíritu libre, absoluto, al menos de las convenciones o de las relaciones hegemónicas consuetudinarias –lo más temido precisamente por *Gabriel Quiroga* (Gálvez 1910)– por lo que podía afirmar lo que a otros les resultaba difícil explicitar. Es por ello que, con las mismas técnicas del relato de aventuras exótico, y con los principios éticos del escritor anarquista, nos introduce en las primeras cuatro páginas –bajo el título de «Al bajar»– a un panorama desolador, casi espeluznante, que pretende no sólo revelar el grado de descomposición de la sociedad argentina de la época sino también advertir, cuando no desaconsejar, la emigración.

Las descripciones responden a un cuadro común a la novela naturalista. Cipango/América, el mito de Eldorado, forjado desde la exploración y la

Bishopsbourne 1924], novelista polaco, nacionalizado británico en 1884, autor de *El corazón de las tinieblas* (1899, 1902), *Un vagabundo de las islas* (1896), *Tifón* (1899, 1902), entre otras. Jack London [San Francisco 1876-1916] autor de *La llamada de la selva* (1903) y *Colmillo Blanco* (1906) entre otras.

<sup>6</sup> Oneglia 1846-1908 Bordighera, escritor italiano, autor de *La España* (1872), *Recuerdos de Londres* (1873), *Los amigos* (1883) y *Corazón* (1886), entre sus obras más conocidas.

<sup>7</sup> Julio Verne [Nantes 1828-1905 Amiens], autor, entre otras, de *Viaje al centro de la Tierra* (1864), *De la Tierra a la Luna* (1865), *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869), *Un capitán de quince años* (1878), *La isla de hélice* (1895) o *La invasión del mar* (1905). Emilio Salgari [Verona 1862 -1911 Turín] creador de Sandokan, personaje de once de sus novelas, ciclo que inicia con *Los misterios de la jungla* (1895) y concluye con *La venganza de Yáñez* (1913).

<sup>8</sup> *Vedi Manuale dell'emigrante*, Roma: Ministero degli Affari Esteri, 1890

<sup>9</sup> Como afirmará más adelante, Sarmiento y Alberdi son dos argentinos rescatables, señeros: «Han tenido los criollos dos argentinos inteligentes, como lo son pocos, en cuestiones nacionales, Sarmiento y Alberdi, (...)» (Basterra 1903 [2005]: 31).



conquista durante el siglo XVI, se reactualiza pero tiene una cara oculta o no vista que ahora el autor anarquista puede enunciar. Este mito, agrandado por la «mente de la población obrera, que es poeta aun en su desgracia de clase desheredada» (1903 [2005]:20) produce el desvarío de la emigración que no resuelve la *injusticia social* (ni en Europa ni en América) sino que simplemente la traslada y la potencia.

Para Basterra la causa de la emigración y de la miseria crudamente presentada, es simple:

Y es que Buenos Aires, copia borrosa de Bruselas y París, da la idea rápida de una *organización capitalista al uso europeo*, con los mismo vicios, idénticos defectos y *sin las escasas virtudes de los europeos sistemas* [sic, hipérbaton], cuando se trata de un criterio económico a practicarse o un *pacto a cumplir entre el Capital y el Trabajo* [subrayado nuestro] (1903 [2005]:20).

Es decir que el capitalismo argentino es visto por el militante anarquista como un capitalismo que no respeta las reglas mínimas (un pseudo-*quasi*-capitalismo), es decir un capitalismo «desviado» por el sustrato ancestral.<sup>10</sup>

Esta organización económica «incompleta» produce:

*Mendigos por aquí, por allá vagabundos forzosos, y la tropa desarrapada de los vendedores de periódicos, de los mercachifles, de los mozos de cordel (...)* [subrayado nuestro] (*ibídem*).

Donde Gabriel Quiroga verá «escoria», donde Lugones verá «plebe ultramarina», Basterra ve un proletario quebrado:

El inmigrante pasa, descalabrado, roto... (...) El golpe, a veces, en muchos pobres, suele ser rudo, recibido en pleno cráneo, atontador, rematándose a la vista del antro de los Inmigrantes [sic la mayúscula], llamado, no sé por qué macábrica [sic] ironía, hotel, ¡hotel!

Este Hotel, así, con mayúscula, es un barracón que casi no lo podrían utilizar bohemios de la última hez, vencidos de ingenua naturaleza (1903 [2005]:20-1).

---

<sup>10</sup> Esta observación coincide con la tesis de Alberdi y coincidirán con la tesis de Juan B. Justo, Payró (*La Australia argentina*, 1898). Alejandro Bunge (*Una nueva Argentina* 1940) y será repetida por los pocos liberales puros que sobrevivirán en el siglo XX (*cfr. et. Aricó* 1999 y Godio & Mancuso, 2006).

¿Sería este el «olor a conventillo» al que se referirá *Gabriel Quiroga*? Pero la descripción de Bastera, en un *in crescendo* vertiginoso, que mantendrá a lo largo de todo el texto, enumera:

Tras el terror económico, el social.

En efecto, cuando menos se imaginó el pobre *extranjis* [sic], quedó enterado de la sombría historia de la tiranía de Rozas [sic] un gobernador-presidente con allegados como Cuitiño, famoso degollador de los enemigos del Gran Turco criollo; Moreira, cuadillo chocarrero, apuñalador y cercenador de testas, (...) (1903 [2005]:21).

En este fragmento se revela una característica discursiva clave del texto: el lector modelo del mismo no es el público criollo, el argentino culto o popular, sino el inmigrante recién llegado y que debe ser advertido. El inmigrante aún por venir y, especialmente, el hijo del inmigrante confundido por su ubicuidad social.

Además, como ocurre en el discurso anarquista, busca disminuir la asimetría entre el autor y el potencial lector, lo interpela, lo reconstruye, lo incita a la reconstrucción de su imagen, degradada por el crudo choque de culturas que, en definitiva, es una forma alternativa de la lucha de clases. El inmigrante, quebrado, se paraliza y anula ante los criollos:

(...) afanfarronados, matachines, esgrimistas hábiles del cuchillo, (...). Sí, son congojas amargas, hondas y tristes sorpresas las que surgen en la infeliz mente del naufrago extranjero. Se torna precavido, recelando aún del oxígeno. Una vida de continuo sobresalto se le presenta, ya que dondequiera su vista se dirige, algo feo se levanta, atentador (1903:12-13).

Buscaban trabajo, atravesaron el océano en espera de llegar a Cipango, pero primero, según la visión de Bastera, debían ser quebrados, sus sueños debían hacerse añicos, debían «juntar orín» antes de someterse a la hegemonía consuetudinaria de las tradicionales y particulares formas de producción criolla, «pseudo-quasi-capitalistas»:

(...) espera trabajo junto a otros que también aguardan, residentes del Antro, digo del Hotel, todos igualmente desolados al encontrarse con una América muy lejana, por cierto, de aquella que los embelecó [sic] desde la nativa tierra.



Duermen embastados en cuchetas, hediondas por la desinfección, y comen un poco mejor que muchos cerdos del matadero (1903:12-13).

Luego de esta breve descripción introductoria, analiza el «estado económico» de la República. Se inicia el capítulo con una cita de Alberdi, que glosa una afirmación de Adam Smith, en la cual se afirma que la pobreza de las naciones se debe a la mala conducta de sus gobiernos y no de sus particulares.

Nuevamente la distancia con Gálvez es clara: para Gabriel Quiroga, para Lugones y el mismo Rojas, los males de la República se deberán a la desnacionalización, a la influencia de la escoria ajena. Bastera por el contrario, siguiendo a Alberdi y a Sarmiento, considera que son los vicios del poder los que corrompen a las naciones y las medidas desacertadas de gobierno.

Aquí sin embargo, casi imperceptiblemente, Bastera toma distancia de sus hipotextos y plantea una variante poco enunciada salvo por los autores socialistas y anarquistas, a saber, la *inmigración descontrolada*, incentivada artificialmente más allá de las posibilidades de asimilación de la fuerza de trabajo, debida a la manipulación del costo del salario:

El primer fenómeno que salta a la vista (...) es la *cantidad exorbitante de gente desocupada*, obreros que vagan, entre sorprendidos y tristes, como si aún no hubiese despertado de una hastiadora pesadilla.

Es la *oferta de brazos, en contraste crecimiento*, que marcha por talleres y fábrica, depósitos y corralones, almacenes y despachos de alcohol, siempre en busca de algo que laborar, dando sus músculos, *inutilizados por la crisis*, por la añeja crisis, *casi por nada* (1903:17; el destacado es propio).

El inmigrante hambreado, quebrado, regala su trabajo, su vida por nada:

Los salarios, de suyo bajos, descienden, centavo a centavo, casi insensiblemente, hasta ser irrisorios (1903:18).

Y esta política de Estado no deja de ser implementada, según Bastera que sigue la interpretación y los datos de la Federación Obrera Argentina (FOA),

A pesar de los pesares, la inmigración continúa siendo fomentada a despecho de las sempiternas crisis, ya por medio de oficiales y oficiosos emisarios, enviados a Europa a dicho efecto, ya por apócrifas estadísticas y artículos óptimos que el gobierno argentino procura publicar en Londres, (...) (1903 19-20).

La primera y natural consecuencia de la desocupación y la miseria es la represión pública, a veces violentísima, contra los obreros. Como prueba, cita a continuación, una serie de artículos de *La Prensa* y de *La Nación* o casos que aparentemente lo tuvieron como testigo:

Así, por ejemplo, una cuadrilla de carpinteros y otra de estibadores salen hacia [sus trabajos] (...); pero al llegar a los destinos de trabajo encuéntranse con que, o deben volverse, o han de conformarse con la mitad, [del salario establecido. Ante la protesta se desata] una manga de palos contra los infelices protestantes, acusados de anarquismo, por pedir el salario prefijado (...).(1903:25-6).

Ante estas injusticias, de los empresarios privados, y la complicidad de la justicia «que se encoge de hombros» relata la exorbitante, pasmosa, ilimitada corrupción de los gobiernos nacional y provinciales, que se manifiestan en negociados, coimas, despilfarros, que obligan a tomar infinitos empréstitos en el extranjero o con emisión de bonos que, a intereses exorbitantes, llevan periódicamente a la quiebra a los bancos públicos y al tesoro nacional.<sup>11</sup>

Los efectos de estos negociados, realizados por los gobernantes, todos ellos criollos, patricios, «verdaderos argentinos» (que contradicen en los hechos la mitificación de Gabriel Quiroga) lo llevan a Basterra a citar frases sorprendentes por un cinismo casi increíble, dice, en cualquier otra parte:

Conocí a un ex secretario de un ex presidente, quien con la mayor frescura confesaba: «yo, en los buenos tiempos, robé más para mis amigos que para mí...» (1903:35).<sup>12</sup>

No sólo,

Este gran tipo decía la verdad, en efecto, y si no recuérdese el desastre del Banco de la Provincia de Buenos Aires, de donde se sacó dinero hasta sin la impúdica fórmula del falso fiador, bastando una tarjeta del ex secretario del ex presidente (1903:36).

---

<sup>11</sup> La actualidad de estas páginas (25 a 36) es tal que inducen a pensar en un eterno retorno de la quiebra del Estado nacional por el vaciamiento vía empréstitos en el exterior o bonos de deuda pública.

<sup>12</sup> No puede evitarse del recuerdo de la notoria frase, divulgada en la década del noventa: «robo para la corona».

El *in crescendo* de la denuncia de Basterra, se orienta así hacia la cruda ironía, no por ello menos demoledora. La consecuencia de este vaciamiento, llevó a una solución «mágica»:

Baste decir que estos devastadores, cuando ya nada tuvieron que limpiar, después de enajenados los ferrocarriles del estado, vendieron hasta el puerto de la capital de la provincia de Buenos Aires, todo ello sin la más mínima reacción popular; y si más no liquidaron, fue porque más no tuvieron (*ibídem*).

Los males argentinos, se deben no a la influencia o acción de los inmigrantes, sino a la falta de patriotismo de sus gobernantes. En este punto, curiosamente, coincidirán Basterra y Gálvez, desde puntos de partidas y con sensibilidades opuestas: la falta de amor por la patria es lo que explica su ruina.

Si bien Gabriel Quiroga concluirá su *Diario* llamando a quemar las imprentas anarquistas,<sup>13</sup> a las que se consideraban causantes del desastre y, si fuere posible, a expulsar a los inmigrantes por sus efectos disgregadores, sin embargo omitirá observar que los vaciadores del dinero público son sus criollos mitificados. Esta contradicción, propia del nacionalismo criollista-elitista tradicionalista (de Gálvez, Güiraldes, Lugones y en parte de Rojas) será afrontada por las corrientes nacionalistas posteriores<sup>14</sup> con resultados absolutamente novedosos e inesperados<sup>15</sup> y no ajenos a las soluciones europeas. Así, esta primera formulación del nacionalismo criollista se nos aparece, simultáneamente, como una *reacción cultural* (sea contra el cosmopolitismo de la elite gobernante –preponderantemente pampeana, agro-exportadora o asociada a ella–, sea contra la influencia política-cultural de los inmigrantes)<sup>16</sup> y una *reacción política* contra un programa de desarrollo económico, basado en la explotación agropecuaria (y potencialmente agroindustrial) en íntima sociedad con los intereses británicos.<sup>17</sup> Sin embargo,

---

<sup>13</sup> Las mismas que publicarían libros como éste de Basterra que textualizaban lo que normalmente se silenciaba, lo que se debía silenciar o, en el mejor de los casos, explicar de otra manera.

<sup>14</sup> A partir de la década del treinta, en particular por las corrientes nacionalistas católicas, especialmente por las más cercanas al pensamiento social de la Iglesia y que desarrollan en parte, algunas de las tesis integracionistas sino integristas, de Ricardo Rojas.

<sup>15</sup> Proceso del que no será totalmente ajeno el mismo Gálvez (*cf. infra* 1945).

<sup>16</sup> La querida, precisamente, por Sarmiento y Alberdi, como un elemento de civilización capilar, casi natural.

<sup>17</sup> Es por ello que Gabriel Quiroga se refiere a la reactualización del conflicto entre unitarios y federales, es decir entre la elite agro-exportadora pampeana y la elite del Interior, más puramente castiza y secularmente arraigada a las tradiciones hidalgas. Más allá de las eventuales diferencias «objetivas» de mentalidad y formas de percepción, es también claro que

no logrará explicitar el espesor económico de esta tensión, ignorándolo por mala fe o imposibilidad interpretativa.<sup>18</sup>

Sí lo harán los autores anarquistas y socialistas, como la lectura de Basterra en *El crepúsculo de los gauchos*, que muestra otra visión de la «crisis» argentina, explicitando las tremendas tensiones y diferencias sociales, vertical y horizontalmente. En este contexto, Basterra desautomatiza como Gálvez, pero por motivaciones contrarias, el hipotexto de la inmigración, es decir propone que se inicie «una activa y constante propaganda con objeto de impedirse la inmigración a esta tierra» (1903:38) para evitar la explotación de los inmigrantes y no por xenofobia, pues el inmigrante «ese glóbulo rojo de la vitalidad de otras naciones que enlanguidece y muere en la república mayor de Sud América, pasto de ignorantes y de pillos, natos desangradotes muy capaces de concluir con el emporio más rico que el orbe esconda» (*ibídem*).

Para Basterra, los criollos (*i.e.* la élite criolla) no son nobles hidalgos sino una casta de «chupasangres» y parásitos, absolutamente interesados en el dinero y el lucro, herederos de la mentalidad arribista, explotadora y codiciosa de los ávidos conquistadores españoles.

Y como reflejo, también las masas, educadas en el seno de esta mentalidad feudal, latifundista e improductiva, no son amigas del trabajo sistemático:

Inepto para un trabajo de atención y de tiempo, no se le ve ni en el taller ni en el comercio, ni en la fábrica ni en el laboratorio.

De la agricultura tiene el concepto más lastimoso: en cierta ocasión, un colono extranjero, viendo a diario pasar frente a su vivienda a un gaucho, al galope hacia el pueblo, a ocho leguas distante, lo detuvo para

---

entre ambos grupos se encierra una profunda diferencia de intereses. La elite agro-exportadora (circunstancialmente librecambista, cosmopolita, cercana también al comercio y particularmente a la industria, en especial luego de la temprana asociación con la burguesía industrial inmigrante y a los intereses británicos) no sólo tenía intereses contrarios a los caudillos feudales del Interior, sino que era, en torno al Centenario, infinitamente más rica que sus pares porteños. Los «palacios» porteños que se encontraban en la entonces Avenida del Centenario (hoy Avenida del Libertador) son un testimonio irrefutable de tal afirmación. Lo curioso es, sin embargo, que muchos de estos ganaderos son antiguos rosistas, incluso familiares del Restaurador, lo que demuestra que la mitificación de la historia y la tradición argentina fue múltiple y, en cierto sentido, transversal, donde la verdadera oposición se daba entre Puerto de Buenos Aires vs. Litoral e Interior; Pampa Húmeda vs. Noroeste; etcétera. Estas contradicciones no serán fácilmente resueltas por los teóricos del nacionalismo y se presentarán en las décadas siguientes de modos contradictorios y diversos. Posiblemente el único tópico aglutinante de las distintas corrientes del nacionalismo será un abstracto y estilizado tradicionalismo criollista de impronta culturalista, que será finalmente aceptado, a mediados del siglo XX, por la casi totalidad de la población del país, bajo la forma de una codificada aunque esquematizada *coiné* cultural y un constante anti-comunismo.

<sup>18</sup> Sí lo harán formulaciones sucesivas del nacionalismo, especialmente a partir del «giro» revisionista.

preguntarle por el objeto continuó de sus viajes; y supo que el nativo galopaba las ocho leguas nada más que para adquirir verdura para el *puchero* (el cocido).

-Pues, vea, (...) con una huertita como la mía, se ahorra usted tanto viaje cotidiano.

(...) ¡eso está bueno para ustedes, los *gringos*, que quieren hacer la América!.. ¡que el criollo, aparcerero, no se rebaja a tanto!.. (1903:42).

Esta anécdota representa un microtexto clásico que, repetido en infinidad de variantes, manifiesta la relación (real y/o imaginaria) entre el criollo, el gringo y la huerta. No se debe olvidar que el inmigrante era despreciado por el hacendado y por el «gaucho», porque no era ganadero, no era estanciero sino precisamente chacarero, es decir, hortelano, tambero, dueño o arrendatario de un minifundio.

Como en la España medieval (a diferencia de lo que ocurriera en Italia, Alemania o Francia) posible herencia del mundo árabe, como explica Sarmiento en *Facundo*, se despreciaba como siervo a quien cultivaba la tierra. La agricultura no era una actividad digna del hidalgo, quien sí buscaba poseer tierras pero que intencionalmente dejaba improductivas como coto de caza o, a lo sumo, ocupadas por ganado cimarrón, que durante siglos era, precisamente, cazado.<sup>19</sup> El latifundio era símbolo de abolengo.

El inmigrante busca hacer producir la tierra, eso a los ojos de Gabriel Quiroga representará una herejía, la prueba sensible de que el inmigrante era espiritualmente inferior y que estaba dominado por el afán de lucro. Para Basterra no es el lucro sino el modo de obtención del mismo lo que diferencia a criollos de inmigrantes.

El otro ámbito analizado por Basterra, es el «Estado político». Y el capítulo, significativamente, aparece dedicado al teórico anarquista Eliseo Reclus.

Para Basterra la Argentina carece de un verdadero partido popular, «excepción honrosa de los gremios obreros cuando combaten los descabellados proyectos que a veces ventolean las cabezas de los dirigentes autoelegidos» (49). Denuncia, citando al mismo Sarmiento, el permanente fraude eleccionario:

La población de la Argentina, cosmopolita, pesimista en materia de gobierno, no vota, excepción de los diputados y senadores, los cuales

---

<sup>19</sup> Ver, por ejemplo, el relato de las vaquerías o cacería de ganado cimarrón realizada por el Padre Jesuita Gaetano Cattaneo (*Buenos Aires y Córdoba en 1729*; Córdoba: *Societatis Iesu*, 1730) así como la descripción de Félix de Azara de 1781 contenida en *Apuntamientos para la historia natural de las Pajaros del Paraguay y Rio de la Plata*; Madrid, 1802-1805).

votan inclinándose con el trasero, según la frase del autor de «Civilización y Barbarie».

De ningún país como éste se puede decir con tanta veracidad que quien elige es el candidato, que busca los caudillejos y éstos a los electores (1903:51-2).

Pero, el «ánima gaucha» del «político criollo» le resulta absolutamente inmovible. Denuncia nuevamente la indiferencia de la sociedad civil, por su ausencia efectiva. En este punto, el ensayo de Bastera, adopta un estilo, un acento y, en gran medida, algunas hipótesis propias de *Facundo*:

Es necesario enterarse de la historia argentina, después de 1810, para valorizar los sedimentos morales que, legados por los ancestrales, perduran en nuestros días, nada más que ligeramente disfrazados por un barniz de civilización (1903:62).

La cita, repetimos, parece revelar una marcada influencia de *Facundo*. La teoría social de Bastera, a pesar de (o precisamente por) su sincero anarquismo, toma distancia de las concepciones «populistas»<sup>20</sup> que se extenderán en el pensamiento de izquierda argentino posterior, producidos, precisamente, en el imaginario nacionalista.

Finalmente, concluye el capítulo con una observación insólita para su época y su formación teórica. Señala que «hasta hace poco se vivía en la Argentina a revolución diaria» (62). Con descarnado realismo, afirma a continuación:

¿El móvil de las revueltas?.. Combatir la dominación y el fraude... para conseguir un poco de fraude y de dominación (1903:63).

Es decir que logra distinguir que no toda lucha por el poder es una lucha ideológica y que las luchas por el poder en la historia argentina, especialmente las pequeñas y crónicas revueltas «populares» no representan necesariamente una práctica revolucionaria sino una cruda manifestación de gatopardismo político *avant la lettre* y disputas personales entre caudillos por la conquista del poder.

---

<sup>20</sup> La mitificación del paisano, que aparece reiteradamente en el *Diario de Gabriel Quiroga*, es un antecedente de este nacionalismo en su vertiente más marcadamente populista y que perdurará también en el pensamiento de izquierda de los '50.



Por ello, el capítulo cuarto, titulado «Estado judicial» (siempre prologado por un epígrafe de Alberdi y dedicado precisamente a Alberto Ghiraldo) expone otra faceta de la sociedad argentina de la época.

La justicia, en síntesis, no es justa: «por doquiera no va derecha», existe una justicia para ricos y otra para pobres y especialmente una justicia para criollos y otra para extranjeros, con excepción de los británicos los cuales gozaban de absoluta protección de los jueces y, cuando no ocurría, podían acaecer situaciones extraordinarias:

En Concordia fue muerto, por un caudillejo criollo, un inglés; y la justicia, a pesar de las instancias del cónsul británico, no dio con el matador, (...), y entonces, un torpedero de su graciosa majestad, de facción en la aguas del Plata, llegóse al lugar del hecho, desembarcó su tripulación, la tripulación prendió al asesino, en una taberna, y se lo llevó a bordo, (...) (1903:73).

La xenofobia judicial era, según Bastera, muy marcada. Según su relato, los inmigrantes podían ser objeto de ataques y escarnios y la policía y la justicia, frecuentemente, castigaba a la víctima,

(...) los inmigrantes italianos, vejados, escarnecidos, robados y muertos por un quitame allá esas pajas, no gozan desgraciadamente de las mismas tolerancias ni prerrogativas que otros extranjeros [se refiere nuevamente a los británicos], aunque franceses y españoles no estén mejor considerados y atendidos (1903:73).

Incluso, era frecuente y bastante común la desaparición de presos detenidos como consecuencia de los abusos y las arbitrariedades más palmarias:

En el depósito de contraventores de la Capital, la policía mató a palos a un tal, de nacionalidad italiana, Tallarico, cuyo cadáver acusador todavía no ha aparecido, a pesar de haberle dado entierro la misma policía; en Mendoza se hizo cosa análoga con otro, italiano también, llamado Catestini; un cabo de la sección 22<sup>a</sup> hiere de muerte a un español, Antonio Gómez, porque este desconoció su autoridad de palabra; un francés, peluquero, se vuelve loco y cierra su salón, en Mendoza, y porque el oficial de policía fue recibido descortésmente por el enajenado, la autoridad lo fusiló en su propia casa, a ojos y paciencia de un grueso público; en Santiago [del Estero], el caudillaje penetra un buen día en casa de un tal García (...) (1903:77-8).

Los ejemplos enumerados por Basterra son numerosísimos. Sin embargo, y más allá de la explosiones de xenofobia, lo impacta la inacción judicial ante actos de tamaña barbarie. Pero, como se recordará más adelante, hechos como estos, serán justificados por Gabriel Quiroga, como una «rebelión del espíritu americano contra el espíritu europeo» (Gálvez 1910: 60). De aceptarse esta interpretación, debería de ser justificable no sólo la «rebelión» sino la inacción de los jueces. Y se torna comprensible y justificable, entonces, a la luz de la opinión pública, la Ley de Residencia.<sup>21</sup>

Sigue el capítulo dedicado al «Estado social», el cual se centra en un análisis de la mentalidad hegemónica del país, siguiendo, nuevamente, algunos postulados centrales de *Facundo*.

El control social, hacia 1903, según la visión de Basterra, está todavía en manos de los criollos, representados por la casta de los políticos y burócratas y por sus aliados naturales de clase inferior, los «gauchos» y sus variantes, los cuadillejos, los compadres o compadritos, los payadores y jugadores, etcétera. Lo que los une, además de su común xenofobia, es que salvo excepciones no se desempeñan en tareas o trabajos productivos, sino que viven de las arcas del Estado Nacional. El juego, el baile, el canto, es la principal ocupación de este grupo poli clasista, parásito, despilfarrador. En cambio, en las últimas décadas, las tareas productivas, las exportaciones industriales y agrarias se centran en los numerosos extranjeros y sus descendientes. Incluso, la producción literaria, a pesar de opiniones en contrario, no es desarrollada por los nativos, salvo un tipo especial de literatura, ideológica y temáticamente particular:

---

<sup>21</sup> La *Ley de Residencia o Ley Cané* (Nº 4.144/02) fue sancionada el 23 de noviembre de 1902, bajo la presidencia de Julio A. Roca y habilitaba al gobierno a expulsar a inmigrantes sin juicio previo. Si bien el artículo 1º condicionaba la deportación a la situación legal previa del inculpado, el 2º evidenciaba la posibilidad de su aplicación discrecional de parte del Estado. A saber: «El Senado y la Cámara de Diputados sanciona con fuerza de ley: Artículo 1º: El Poder Ejecutivo podrá ordenar la salida del territorio de la Nación a todo extranjero que haya sido condenado o sea perseguido por los tribunales extranjeros por crímenes o delitos comunes. Artículo 2º: El Poder Ejecutivo podrá ordenar la salida de todo extranjero cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público. Artículo 3º: El Poder Ejecutivo podrá impedir la entrada al territorio de la república a todo extranjero cuyos antecedentes autoricen a incluirlo entre aquellos a que se refieren los artículos anteriores. Artículo 4º: El extranjero contra quien se haya decretado la expulsión, tendrá tres días para salir del país, pudiendo el Poder Ejecutivo, como medida de seguridad pública, ordenar su detención hasta el momento del embarque. Artículo 5º: Comuníquese al Poder Ejecutivo». En 1909 fue asesinado el jefe de policía Ramón L. Falcón, por el militante anarquista Simón Radowitzky (14 de noviembre) y al año siguiente estalló una bomba en el Teatro Colón en pleno festejo del Centenario. Estos hechos produjeron la sanción de la Ley de Defensa Social que complementó y endureció la Ley de Residencia, instaurando el arresto preventivo de sospechosos de anarquismo, nacionales o extranjeros.

Existe una literatura cantadora de las pasiones gauchas, cuya narración es todo un idilio de presidio, de crimen, de puñalada (...), en fin todo un pueblo delirante que se educa en el ejercicio del trabucazo abocajarrado al primer hombre que en forma de italiano cruzárase en el camino del criollo. (...).

Para el gaucho, el extranjero es un ser inferior, cobarde, avaro, nada perspicaz (...) (1903:88-9).<sup>22</sup>

Ciertamente la afirmación de Bastera es evidentemente reductiva y esquemática, pero es un valioso testimonio del estado de ánimo de la sociedad argentina en torno al Centenario. Lo cierto es que reduce toda la producción literaria argentina a la literatura gauchesca, pero también es cierto que los mismos autores y críticos literarios centran en ella la originalidad de la literatura nacional.<sup>23</sup>

De las actividades intelectuales los criollos, según Bastera, privilegian la literaria, en desmedro de las otras artísticas o científicas. Es por ello que se permite afirmar que:

El contado elemento intelectual que tiene el país es extranjero; en las redacciones de los diarios, extranjeros; a cargo de los grandes laboratorios, extranjeros; las industrias agonizantes o de lánguido arraigo, en manos extranjeras; el colono, extranjero; y los escasos argentinos intelectuales y de superior valía, o no quieren ni oír hablar de sus connacionales, o se hicieron internacionalistas.

En cambio, el criollo está en el garito, jugando, o en las cámaras, charlando, o en el gobierno, robando, o en la magistratura, barbarizando, o en la pampa, insultando a los que, dice él, «le roban la plata», los inmigrantes.

Politiqueando y barajando, ¡oh!, el criollo está en su ambiente (1903:95).

---

<sup>22</sup> Curiosamente esta interpretación de la literatura gauchesca será repetida insistentemente por Borges a los inicios de los setenta, cuando, en el contexto del Centenario de *Martín Fierro* y del «Año Hernandiano» se releerá la obra, desde la perspectiva de un neo-nacionalismo de izquierda (Mancuso 1972a 1972b). Por otra parte, en una de las primeras formulaciones nacionalistas, en la ya analizada del *Diario de Gabriel Quiroga*, se interpretará la literatura gauchesca desde una perspectiva totalmente opuesta.

<sup>23</sup> Precisamente esta es una observación reiteradamente afirmada por Borges: «como si los argentinos sólo pudiésemos hablar de orillas y estancias y no del universo» (1932 [1989] :271). Cfr. Mancuso 1985.

El hipersigno del «criollismo» como quintaesencia de una cualidad distintiva y esencial, sirve también como antídoto contra el socialismo: «¡Somos criollos, señores!» decían varios en una asamblea socialista para indicar que la cuestión social no les incumbía...» (98). El «somos criollos» sirve como argumento conclusivo.

La consecuencia inevitable de esta suma de factores, produce una sociedad en «estado calamitoso», de psicópatas, una sociedad de homicidas xenófobos, delincuentes, violadores, que son absueltos: «Todos estos “locos lindos” son absueltos; (...)» (110). Es decir los apaleadores de extranjeros, los abusadores de mancebas, los asesinos de prostitutas, son protegidos por la policía, por los gobernadores o por los diputados (a cuyas familias, por otra parte, pertenecen) saben que gozan de una impunidad absoluta.

Otra característica de esta sociedad desquiciada es la distribución inicua de las riquezas del país, un país de riquezas inconmensurables pero que por su dilapidación sistemática no puede mantener a su población dignamente. Uno de estos «fenómenos incomprensibles» es el de la industria frigorífica. Ya en 1903, Bastera afirma que «(...) la industria frigorífica, la única próspera del país, da un dividendo líquido de 45 a 50% y, por disposición del cuerpo legislativo, obtiene la franquicia de introducir todo cuanto le viniere en rabia, libre de derecho, (...). Entretanto, dice *La Nación*, nadie exime al obrero [del impuesto] que ha de pagar sobre el pan que come» (114).<sup>24</sup>

El capítulo final se titula «Al volver», por oposición a inicial, «Al bajar», donde presenta una breve conclusión de alguien que abandona el país.<sup>25</sup>

He residido diez y seis años [sic] en el país, los mejores de la juventud, y lo recorrí en todas sus direcciones, y vuelto a correr a cada rato el llano, la montaña, la sierra y la ciudad.

En él he amado y he sufrido, formé el cuerpo y el espíritu, observé, recogí y guardé, kaleidoscopio de remembranzas heterogéneas, mujeres, hombres y cosas que yergue el recuerdo, (...) (1903:127).

Y con infinito dolor, exclama: «Pedazos de vísceras me quedan en la ingrata tierra, trozos de corazón que me tiran hacia sí, sangre de sangre a la que me he de inclinar mientras una palpitación afectiva germine entre tórax y espalda; y amigos además» (128).

<sup>24</sup> Curiosamente Bastera cita frecuentemente en este capítulo, con elogios inusitados, a Lucio V. Mansilla, un argentino «de la feliz minoría que en el país (...) brega por enderezar un quebrado» (81).

<sup>25</sup> Bastera fue expulsado en 1903 en aplicación de la Ley de Residencia. Pero logra desembarcar en Montevideo –donde se publica la primera edición de *El crepúsculo de los gauchos*– y regresar a la Argentina, donde permanecerá hasta su muerte en 1926.

Tomando distancia de la tesis de los nacionalistas tradicionalistas, afirma, citando nada menos que a Mitre: «(...) porque bien lo dice el *señor* Mitre: “no basta ser *dueño* de un *territorio rico*, si el hombre no se *identifica* con él por la *idea*, y lo *fecunda* por el *trabajo*”» (128, el destacado es propio). Es decir, Bastera coincide que no basta la propiedad de la tierra ni el derecho de propiedad si la tierra no produce, si no se identifica no sólo espiritual sino también prácticamente.

Un «territorio rico» dice Mitre. En efecto:

En un océano de riqueza natural agoniza la Argentina, mientras el aguilucho de la pampa, malagüero de las ciudades, grazna su irritador guturio de «no me importa», engendro de parásitos, de indios enfermos y decadentes.

Todo mi libro va contra eso, y nada más que contra eso (1903:129-30).

Su único objetivo, es que los extranjeros lo escuchen, que no crean en el mito del falso Cipangu, y si así ocurre, ganarán ambas partes, «(...) ya que no atino a pensar a quien de ambos le va peor con la ímproba manía de poblar una región que no alcanza a satisfacer la voracidad inagotable, el afán endemoniado de los manirroto dirigentes (...)» (130).

No niega la existencia de una minoría laboriosa, «en cuya composición entran obreros e intelectuales argentinos» tan extraños en su propia tierra como la mayoría de los extranjeros. La mayoría, en cambio, representa la «decadencia gaucha», masas que «sirven aún para aherrojar al progreso: ¡Mueran los extranjeros! (132); o, como ya explicara, eventualmente para “cazarlos” cuando los operarios, “gringos” mayoritariamente, entran en huelga» (133).

Las represiones de 1910, de 1919 (Semana Trágica) y 1920 (Patagonia) prueban que la afirmación de Bastera no era, precisamente, hiperbólica.

### **El anti-*Facundo* curiosamente dedicado a Mitre y Sarmiento**

Curiosamente, *El diario de Gabriel Quiroga* (1910) –el primer breviario nacionalista, el primer intento de desnaturalizar la indiscutida verdad de *Facundo*, un compendio del primer programa anti-*Facundo*– está dedicado no sólo a su autor sino también al adalid del liberalismo criollo, Bartolomé Mitre:

A la memoria de aquellos dos espíritus eminentes que enaltecieron a la patria de prestigios insignes, espíritus fecundos y prodigiosos, espíritus preclaros en los libros y en las armas y en el gobierno de los pueblos;

aquellos dos espíritus románticos y buenos, que fueron el ornamento de nuestra historia, que expresaron el alma de la patria vieja y que llevaron sobre la tierra estos nombres sonoros, augustos, inolvidables: ¡Mitre, Sarmiento! (1910: 3).

La perspectiva de Gálvez en esta obra no es todavía la de un teórico nacionalista ortodoxo, ideológico estricto sino la de un nacionalista diletante, más definido por identidad de clase que por unidad programática. Es por ello que «siente» a Mitre y especialmente a Sarmiento como propios, casi como familiares, con representantes de la «patria vieja» a la que él, el escritor y su *alter ego* literario, pertenecían.

No obstante, a lo largo del texto, se evidencia un marcado *in crescendo* que lleva al narrador a identificarse con posturas cada vez más radicales, violentas y extremas.

Esta dedicatoria funciona casi como una prótasis, una demostración por el absurdo, casi una deconstrucción y desnaturalización de la imagen simbólica de estos próceres. Ellos representarían para el imaginario ingenuo, el símbolo de las «presidencias históricas», los fundadores de la Nación Argentina finalmente unificada, moderna y pujante, pero, no obstante sus supuestos «logros», tiene muchas áreas oscuras y contradictorias desde la perspectiva de un hijo de esa «patria vieja», de la cual él, el personaje Gabriel Quiroga, es incluso más fiel que los próceres o comprende cosas que los próceres y, en ellos el modelo liberal-republicano, había obviado. Es por ello que el imaginario narrador-editor del diario, insiste reiteradamente en la identidad espiritual entre Gabriel y el país profundo, entre Gabriel y sus hombres: *identidad que se da en la unidad de sentimiento*.

He aquí, precisamente, la primera clave de la lectura de *El diario*: la superioridad del criollo es ante todo espiritual, sentimental, no tanto racional aunque tampoco significa que sea irracional o puramente emotivo. A diferencia de formas posteriores de nacionalismos, Gabriel nunca encarna una versión irracionalista del mismo. Su identificación con la patria<sup>26</sup> es un sentimiento de identidad y homología absolutas.

Gabriel Quiroga –como el Manuel Gálvez histórico– no sólo es un criollo de pura cepa, sino un criollo «viejo» cuyos antecedentes se pierden en los albores de la Conquista.<sup>27</sup> A diferencia de Mitre (con antepasados italianos relativamente recientes), de familias como los Anchorena o los Echeverría (comerciantes exitosos), de Sarmiento (descendiente de hidalgos

<sup>26</sup> Decimos literalmente, patria en el sentido de la tierra de los *padres*, que a diferencia de los gringos (cuya patria no es ésta, sino la «otra tierra») es, secularmente ésta, con arraigo remoto.

<sup>27</sup> En efecto, Gálvez es descendiente directo de Juan de Garay, el fundador de Santa Fe y de Santa María de los Buenos Aires (1580).



empobrecidos), él pertenecía a la más rancia tradición rioplatense, los primeros adelantados que abrieron la tierra a la conquista y colonización en los albores mismos de la patria.

El joven Gabriel, que «comenzó a escribir un diario de su vida cuando cumplió veintidós años» (5), es, según su editor ficticio, un «espíritu superior», que se había desviado de su fe católica a causa del «anarquismo místico» tolstoiano para luego ser, como tantos miembros de su clase con inquietudes intelectuales, «socialista, anarquista, nietzschista, neomístico y católico».<sup>28</sup> «Espíritu superior», casta elegida, por origen y por sentimientos e hipersensibilidad, hasta el punto de padecer una neurastenia que requirió de un alejamiento terapéutico, con viaje iniciático a las fuentes, a la lejana Europa. Así se re-presenta en este texto un esquema clásico en la literatura argentina de época, literal y simbólico: el escritor nacional, esencialmente argentino, de notable abolengo, redescubre la patria a la distancia, en el exterior y luego se reencuentra y recrea como intelectual y como hombre en un último viaje al interior del país y con él, al interior de su ser.

Este proceso, a su vez, se da en el contexto del Centenario, lo que re-semantiza y revalora este viaje interior, de reconstrucción de la auto-imagen de un típico escritor *fin-de-siecle*, convirtiéndolo en un texto de trascendencia social: «Este volumen, que es en cierto modo un libro político, tiene en los momentos actuales, un gran interés porque revela ciertas fases de la vida argentina que han de ocultar, por la ignorancia o deliberación, los voceros irremediables de nuestra gloria secular» (16). Y, en este contexto, donde lo simbólico adquiere una signicidad mayor, por el asedio de los «bárbaros», se convierte en un «patriota porque ama el suelo de nuestra tierra» (18) «porque ha penetrado cariñosamente en el espíritu de las provincias y comprendiendo la acerba tristeza de las razas vencidas [sic]».

En esta enumeración de los tópicos clásicos del primer nacionalismo, se manifiesta además la contradicción más flagrante del mismo: la solidaridad con las razas vencidas (por oposición a los invasores extranjeros, a los bárbaros, a la plebe) a las que su propia clase había vencido y, por lo menos, parcialmente exterminado.

Poco antes de finalizar la presentación, que será firmada con el nombre del propio Manuel Gálvez, curiosamente, aclara el editor real/ficticio que las opiniones vertidas en el presente diario, no son necesariamente las propias. Prefiere fingir deslindar toda responsabilidad porque, como dirá posteriormente Gabriel Quiroga en un breve prólogo, el suyo es un libro «duro y cruel» por decir algunas verdades que otros preferirán callar, preferirá escapar de «la adulación cosmopolita y la vanidad casera» y dar «la nota discordante» (23).

<sup>28</sup> Como Leopoldo Lugones o Ramón Doll, muchos de los intelectuales patricios pasaron de posiciones libertarias a tradicionalistas o neo-espiritualistas. El mismo Jorge Luis Borges, recorrió un camino parecido, sin reconvertirse nunca totalmente al cristianismo.

El texto se inicia en 1907, el 4 de enero, y habría sido escrito en la Ciudad de Buenos Aires. Aclaradas las coordenadas se vuelven a enunciar los tópicos clásicos del primer nacionalismo:

La hora actual exige de nosotros, los argentinos, todos los esfuerzos de que seamos capaces para hacer que renazca la vida espiritual del país. Esta vida espiritual, que en nuestro pasado supimos vivir intensamente, acabó con el advenimiento de la época materialista y transitoria que vamos atravesando. Hemos abandonado aquellos ideales nacionalistas, que fueron el más noble ornamento del pueblo argentino, para preocuparnos tan sólo de acrecentar nuestra riqueza y acelerar el progreso del país (1910: 28).

Los nudos semánticos son claves:

- «hora actual» = decadencia, traición, abandono del destino;
- «nosotros» = «argentinos»;
- «vida espiritual» =/= de «época materialista y transitoria»

No obstante no puede no hacer una importante *concessio* al ideario sarmientino: «Hasta hace pocos años el país era pobre, carecía de fuerza y de prestigio, tenía escasa población, la industria y el comercio prosperaban apenas, los extranjeros no pensaban en este rincón de Sudamérica y vivíamos en continuas revoluciones y guerras» (28) pero limitándolo, pues:

(...) entonces, en cambio, había un espíritu nacional, el patriotismo exaltaba a nuestros soldados y a nuestros escritores, ideales de la patria se dilataban por todas las comarcas del territorio, éramos argentinos y no europeos y teníamos esos grandes espíritus románticos que sentían el alma de la raza y la expresaban en sus escritos y en sus hechos (1910: 29).

Y más aún, confirmando la tesis de la dedicatoria,<sup>29</sup> se lamenta de que «no hemos vuelto a tener un Sarmiento, ni un López, ni un Mitre, ni un José Hernández» (29). Y por eso: «Ahora sólo queremos ser poderosos, ricos y sanos». La pureza espiritual se perdió y la pérdida no es poca, pues se perdió la vida espiritual de la nación, la que se había formado en los albores de la nacionalidad. Se impone, ante esta traición a los ideales seculares, la reconquista de «la vida espiritual», el «renacimiento nacional».

<sup>29</sup> Una pregunta se impone: ¿La dedicatoria de quién es? ¿De Manuel Gálvez o de Gabriel Quiroga? De todas maneras no cambia, en lo fundamental, la hipótesis de lectura.

La identidad nacional se identifica con el patriotismo, pero éste no es producto de una decisión personal ni voluntaria sino que «es producto genuino del suelo, de la raza y del ambiente» (30).

Aquí aparece citado un intertexto de época, fundamental en *Facundo*: la identidad entre mentalidad y medio. La nación es el producto de una ecuación entre *la geografía, la etnia, la religión y la lengua*. Obviamente se excluían de la definición de «verdaderos argentinos» (31) o se subordinaban a la hegemonía consuetudinaria de la aristocracia colonial a la casi totalidad de la población de país. Sin embargo Sarmiento consideraba que este condicionante –el medio– podía superarse mediante la educación, la reprogramación social, naturalmente aumentada por el poderoso influjo de la laboriosa mentalidad inmigratoria.

Por el contrario Gálvez reitera iterativamente, casi como una obsesión, en el devenir del discurso de Gabriel Quiroga, su radical anti-cosmopolitismo. El cosmopolitismo se identifica con el despreciado materialismo, otro de los tópicos reiterados obsesivamente. Y como a Rojas,<sup>30</sup> al personaje de Gálvez parece molestarle la expansión de los campos cultivables. Así como se quemaban los campos para destruir «la perniciosa maleza», así se debe «hacer con el territorio espiritual: ponerle fuego por los cuatro lados. Es preciso suprimir todas las impurezas del ambiente moral» (31) para poder así sembrar ideales.

Otra diferencia importante con *Facundo*, su casi inversión especular, es la oposición a la gran Capital: Buenos Aires, el núcleo central del cosmopolitismo extranjerizante y, en general, todas las grandes metrópolis del país, representan el tentáculo corruptor del espíritu nacional. Es en el interior, como la región central de la Castilla medieval, la esperanza del país, de su renacimiento espiritual. Los determinantes geográficos vuelven a confirmar la tesis de Gabriel Quiroga: «En la República Argentina, el Interior» como todas las regiones centrales son «en su esencia conservadoras, al contrario de las regiones marítimas, que son antitradicionalistas» (33).

La visión de Gabriel Quiroga es paradójica: por un lado, se declara «espiritualista», «anti-materialista» pero en sus supuestos, recala en una visión excluyentemente determinista.

En este punto es claro que *El diario de Gabriel Quiroga*, está construido como un anti-*Facundo*, especialmente en la estructuración de sus tópicos opositivos: «ciudad/campaña»; «cosmopolitismo/interior»; «determinismo/historicismo»; «criollos/extranjeros», etcétera. Todas ellas, sin embargo, se resumen en la oposición básica entre «espiritualismo/materialismo» entendido este último como «laboriosidad», opuesta a las virtudes desinteresadas y contemplativas del perfecto hidalgo.

<sup>30</sup> Vide *La restauración nacionalista* (Rojas 1909 [1922]: 115-116).

La gran ciudad capital, que enorgullece equivocadamente a los argentinos actuales, debería, en cambio «avergonzar»; desespiritualiza, acerca a la impiedad o a la herejía que desnacionaliza:

El protestantismo significaría para la república su completa desnacionalización. (...) La religión es lo más íntimo, lo más eterno, lo más suyo que tiene el alma popular. (...), el individuo que se establece en el país y practica una religión que no es la católica, introduce, en nuestra modalidad colectiva, un germen de disgregación espiritual. En este sentido, el Ejército de Salvación y las escuelas evangélicas atentan contra nuestra nacionalidad (1910: 48)

Este párrafo será un antecedente teórico clave para el desarrollo del pensamiento nacionalista integrista inmediatamente posterior, que se difundirá en el país a partir de la década del treinta. Más aún, a continuación, Gabriel Quiroga llega a afirmar:

La urgencia de afianzar el sentimiento de la nación y los peligros de que el cosmopolitismo haga desaparecer a la república del mapa político, imponen algunas *violencias* que es preciso realizar *aun en delito de falta a la Constitución y a ciertos deberes humanitarios* [subrayado nuestro] (1910: 49)

Esta cita tal vez sea el primer antecedente explícito de la justificación del estado de excepción que se naturalizará a partir de la década del treinta. Más aún, algunas líneas más adelante, concluye la idea con una nota sugestiva, que sirve de clave interpretativa del hipertexto nacionalista: «La religión, más que la raza y el ambiente físico, es lo que crea el individualismo» (50). Gabriel Quiroga ambiciona una sociedad no individualista, una sociedad unificada en torno a una identidad espiritual, este será el *minimum* exigido para la integración de los extranjeros: aceptar la identidad espiritual, *i.e.* en este contexto, religiosa.

El nacionalismo argentino se auto-modeliza en torno a círculos concéntricos incluyentes a partir de un núcleo central de absoluta pureza: hidalgo – hispano – conquistador – colonial – intelectual – católico – cristiano. Un «verdadero argentino» debe cumplir con todas esas condiciones, cuantas más, mejor, pero de faltar algunas, la mínima excluyente es la de ser cristiano, preferentemente católico. Éste es el límite último de la aceptación de la integración.

La inmigración de plebeyos, de no cristianos, de escoria materialista agudizó hasta lo insoportable los males nacionales. El único camino de salvación es la purificación, y su consecuente integración que brindará «la guerra con el

Brasil» (44). Este es precisamente otro de los tópicos del nacionalismo posterior: el verdadero enemigo de la nacionalidad a lo largo de la extensa historia colonial fue el Brasil, instrumento del imperialismo disgregante británico.<sup>31</sup>

Y aunque las probabilidades de victoria son escasas, queda siempre la esperanza del desastre, más probable, no obstante lo cual no deja de ser positivo pues será un desastre purificador, puesto que morirán –no lo dice explícitamente pero se lo puede inferir fácilmente– gran parte de los «falsos argentinos» y ratificará la unidad nacional de la heterogénea geografía.

A continuación el diario se concentra en la crítica previsible de un «mal nacional», los burócratas, que ocupan cargos públicos por la única virtud de ser «alfabetos», es decir no por casta o clase sino sólo porque saben leer y escribir [es decir, fueron educados en la escuela pública de Sarmiento]. Sin embargo, lo más terrible no es esto sino que lo extranjeros ganan fortunas, mayores que las que puedan dar los empleos públicos, *con su trabajo en el país*. Es decir que Gabriel Quiroga opina –y con él toda una clase social– que la ganancia del extranjero no es virtud de su trabajo [se desprecia siempre el trabajo manual, intelectual, especializado del inmigrante] sino del país que se lo permite [reaparece siempre el supuesto de la posesión de la tierra, todo lo que ocurre en la propiedad señorial, es posesión, propiedad del señor, de hidalgo, incluso las personas].

Las páginas posteriores inauguran una crítica de lo cotidiano, de las costumbres simples que encierran, sin embargo, valiosos elementos interpretativos y valorativos para el joven Quiroga y que constituyen sendos tópicos del metatexto nacionalista posterior.

<sup>31</sup> Gálvez no se ocupa de desarrollar esta tesis, clásica en el nacionalismo posterior. Aparece sistemáticamente expuesta por autores de la talla de Ernesto Palacio o en los hermanos Irazusta. En síntesis: los portugueses primero y luego el Imperio del Brasil, siempre aliados y dirigidos por Gran Bretaña, fueron, precisamente, los que provocaron la secesión Argentina, gracias a la conspiración masónica de los traidores internos como Manuel José García y Bernardino Rivadavia. Los bandeirantes, apoyados por las monarquías masónicas de los Borbones, déspotas ilustrados anti-traditionalistas, fueron los responsables de la expulsión de los jesuitas y del consecuente debilitamiento de las fronteras con el Imperio. Luego con las guerras de la Independencia, por la ceguera y traición de los unitarios, se pierde sucesivamente el Paraguay, la Banda Oriental, el Río Gran Do Sul y el alto Paraná. Esta dramática secesión territorial fue, según la interpretación de los principales ideólogos nacionalistas posteriores, la primera gran derrota del *espíritu de la patria*. No casualmente, entonces, los brasileños fueron los principales promotores de la derrota de Rosas y de su destitución y los grandes beneficiarios de la guerra de la Triple Alianza. Es de notar, anticipadamente, la gran coherencia interpretativa de los autores revisionistas, que a lo largo de décadas, y de modo más o menos autónomo llegan a conclusiones similares, mediante el análisis y la exhumación de textos olvidados o intencionalmente ignorados por al historiografía liberal.

En primer lugar presenta una aparente paradoja: «las remesas de escoria europea que (...) traen los barcos prolongan, (...) sus odios de hambre y sus inmensos prejuicios» (54), es decir, parecería afirmar que las injusticias no existían ni existen en la Argentina criolla, son sólo prolongaciones ficticias de los conflictos, odios y prejuicios, importados de Europa. Sin embargo, esta escoria importada que con ellos traen sus prejuicios, acusan a los «verdaderos argentinos» de tenerlos. Es notable como la perspectiva de enunciación de Gabriel Quiroga está hasta tal punto naturalizada, que en ningún momento se historiza ni siquiera mínimamente. Son los extranjeros los que importan el conflicto, el descontento y los odios, odios que no existirían, según este punto de vista, en la Argentina criolla, ni siquiera entre las razas vencidas: indios, mulatos, mestizos que poco más adelante serán palmariamente despreciados, tanto como a la escoria europea.

Pero, además,<sup>32</sup> y para peor, estos despreciables extranjeros creen ser «espíritus liberados» que constituyen a su vez nuevos prejuicios que no son vistos por ellos como tales; prejuicios que son –por otra parte– recientes, con no más de cien años (es decir, posteriores a la Revolución Francesa, derivados de la tríada «Igualdad, Libertad y Fraternidad») y sus nefastas consecuencias para las tradiciones milenarias. Los verdaderos argentinos no carecen de prejuicios, pero esos prejuicios –nobles, desinteresados– son tradicionales milenarios («llevan ya sobre el mundo dos mil años de existencia» (54), es decir son los prejuicios del cristianismo) y sirven para organizar adecuada y correctamente la sociedad. Los prejuicios gringos son prejuicios «tenaces», «desorbitados» e incluso «risiblemente ingenuos». Los presupuestos (*i.e.* «prejuicios») «modernistas», libertarios, igualitarios, ignoran el realismo político de las clases acendradamente aristocráticas, una justa cuota de cinismo maduro.

Este realismo es el que le permite justificar la aparentemente injustificada apología del «truco», como juego nacional de cartas que refleja la superior cualidad intelectual de los (verdaderos) argentinos que les permite vivir engañando, no dependiendo del azar ni siquiera del esfuerzo sino de su propio ingenio.

Por el contrario los extranjeros (los gringos) y los «nuevos argentinos» (descendientes de los gringos) viven despreocupados del espíritu y sólo preocupados en «llegar», mediante sus esfuerzos y esta obsesión se llamaba «arribismo», deleznable según la visión de Gabriel Quiroga-Gálvez y muchos de los miembros de su clase.

Es decir, «llegar» es todavía no ser, no haber sido; en cambio *el que es* no debe llegar a ningún lado, porque *ya es*. Este pensamiento resume una fórmula que se aplicará a toda una serie de hechos y sus expresiones sígnicas: el

<sup>32</sup> *Vide infra*, página 82 donde el espectro de lo «despreciable» alcanza su máxima extensión.



dominio («padrinazgo») de la lengua madre<sup>33</sup> (el español en su variante rioplatense y no en otra); la zona de residencia (barrio «decente» o «arrabal»); el tipo de casa (*petit hotel* o conventillo); tipo de familia («bien» o «baja»).

El escritor o intelectual de familia bien, preferentemente, vivía en una casa señorial, ubicada en un barrio decente y conocía, dominaba su medio expresivo, su lengua. Es decir: *ya era*, no necesitaba llegar, aún cuando fuese «pobre», pobre por su misma decencia precisamente, pues lo era no por su impericia ni por su indolencia, sino porque no se preocupaba por ganar dinero, porque era *espiritualmente superior* a diferencia del inmigrante que *había venido pero, paradójicamente, todavía no había llegado*. Su preocupación no era tanto su crecimiento personal sino ser «rico» y hacer un país rico: «No nos interesa que produzca poetas y hombres de ciencia» sino que «adquiera la fama por sus carneros o sus trigos». Al igual que Rojas en *La restauración nacionalista* (1909), a Gabriel Quiroga le resulta despreciable que los campos fuesen lugares de producción de riquezas, y ya no más, praderas infinitas, símbolo tangible de la dignidad señorial.<sup>34</sup>

Este tópico, el del *pianto* por la pampa «alambrada, habitada y explotada» y su consecuente profundo desprecio por este estado de cosas, aparece también en *El cencerro de cristal* (1915) y en *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güiraldes.

Esa pampa alambrada, dividida, habitada, limitante del latifundio señorial, es metonimia de la transculturalización provocada por el plan «civilizatorio» de Sarmiento y Alberdi:

Sarmiento y Alberdi hablaron con encono de nuestra barbarie y predicaron la absoluta necesidad de *europerezarnos*. Tanto nos dijeron que en efecto nos convencimos de que éramos unos *bárbaros* y con una admirable tenacidad nos pusimos en la tarea de hacernos hombres *civilizados*. Para eso se empezó por traer de las campañas italianas esas multitudes de gentes rústicas que debían influir tan prodigiosamente en nuestra desnacionalización [subrayado nuestro] (1910:59).

<sup>33</sup> Repetimos, este tema es clave en la disputa entre los grupos de Boedo y Florida.

<sup>34</sup> Este tópico es retomado muchos años después, aunque reelaborado desde otra perspectiva y con cierta connotación diversa, por Héctor A. Murena en *El pecado original de América* (1954). Asimismo reaparece, en contexto y valoraciones diversas, en el inveterado desprecio que la sociedad argentina en general, reservará para la producción agropecuaria, a pesar de repetirse, contradictoriamente y con un cierto orgullo, que la Argentina fuese «el granero del mundo» y que gran parte de la prosperidad del país radicaba en la producción agropecuaria. Por otra parte, este elemento es clave para comprender por qué el país no evolucionó hacia una economía agroindustrial avanzada, como la australiana, sino que se fosilizase en una producción agraria no siempre lo suficientemente «profesional» o evolucionada con un mínimo de valor agregado (*cfr. et. Godio & Mancuso 2006*).

Campesinos, chacareros –ya no más hidalgos feudales que conserven sus campos vírgenes– que cultivarán las tierras, que exigirán relaciones de arrendamiento, producción y comercialización más justas –como las expresadas en el «grito de Alcorta» (1912)– que tratarán de ser dueños de sus tierras, extensiones considerables y no sólo parcelas de minifundio. Estos chacareros alarman a los intelectuales criollos como Gálvez, Güiraldes o el mismo Rojas (representante, sin embargo, del ala «moderada» de los nacionalistas) no sólo por factores simbólicos –que no son obviamente tan sólo simbólicos– sino también por sus exigencias «materiales».

Sin embargo, hay males mayores y exigencias aún más peligrosas. Por ello, inmediatamente después agrega:

Después se imitó las costumbres inglesas y francesas [en rigor, eso ya ocurría, aún antes de la llegada de las masas de inmigrantes, desde la misma emancipación], vinieron *judíos y anarquistas rusos* y se convirtió a Buenos Aires en *mercado de carne humana* [obreros, braceros sin oficio, prostitutas, “artistas”, etcétera] (...) ya no quedan restos de barbarie: las plazas criollas han sido reemplazadas por parques ingleses [el Parque Tres de Febrero en reemplazo del casco de la estancia de San Benito de Palermo, residencia del Restaurador]; el bárbaro y pobre idioma español [ironiza] ha sido suavizado y enriquecido con multitud de palabras italianas, francesas, inglesas y alemanas; el té sustituye al mate,<sup>35</sup> lo cual demuestra que somos bastante adaptables a la civilización [se omite decir, sin embargo, porqué ocurrió esto...] (...) nuestros jóvenes (...) ya detestan la estúpida *moral antigua* [los antiguos valores: ética, religión, hábitos]; la literatura se ha vuelto una sucursal del *bulevar*; (...) los pueblos nuevos y las estaciones ferrocarrileras llevan *nombres extranjeros* en lugar de nombres feos, indios, bárbaros que llevaban antes; hemos cambiado el nombre de ciertas calles por los de *ilustres héroes italianos*,<sup>36</sup> y por último, todo el mundo puede ahora leer, gastando apenas treinta centavos, a *Voltaire, a Marx, a Kropotkin y la de Bakunin*. Como se ve, estamos completamente civilizados... [Subrayados nuestro] (1910: 59-60).

Los autores y militantes políticos anarquistas se suman a la lista de preocupaciones prioritarias de los «criollos viejos». Por eso, invirtiendo el hipotexto sarmientino y alberdiano, concluye: «En la hora presente, *gobernar es argentinizar*» (60), no poblar. Y posiblemente, en caso de no lograrlo,

<sup>35</sup> Esta observación en torno al mate no deja de ser curiosa y altamente significativa: posteriormente, en la década del treinta, aparecerá una fuerte propaganda a favor de la «vuelta al mate», testimonio de la cual son libros como el de Amaro Villanueva (1936).

<sup>36</sup> Recuérdese, por ejemplo, que la Plaza Italia fue inaugurada en 1904 en reemplazo de la antigua Plaza de los Portones y en ella se levantó el monumento a Giuseppe Garibaldi, el «héroe de los dos mundos» en 1904; entre otros numerosos ejemplos: Plaza Roma, calle Humberto Primo, etcétera.

despoblar, incluso a cualquier precio. Concluye en este punto, el capítulo referido al año 1907.

El siguiente, es el que incluye las entradas al diario correspondientes al año de 1908. Se inicia con una reflexión menos «moral» o cultural y se centra más en cuestiones técnicamente políticas. A diferencia del Lugones de fines de los años veinte, Gabriel Quiroga no niega el valor de la democracia sino que, por el contrario la valoriza pero la reserva para espíritus superiores:

Los argentinos carecen de espíritu democrático. La falta de cualidades distinguidas impide en nuestro país la verdadera democracia. Ésta puede existir, tan sólo, en las almas realmente aristocráticas. La democracia es un lujo espiritual de los seres superiores, una condición normal de ciertos elegidos que están sobre los hombres y las cosas y que desdeñan los triunfos de la vida, o los aceptan con sencillez, sabiendo lo precario de toda gloria momentánea (1910: 64).

La democracia es una cualidad cristiana, demócratas fueron Jesucristo, los Santos, San Francisco de Asís. Por lo tanto, los seres materialistas, antes descriptos no pueden ser demócratas; los argentinos, los «nuevos argentinos», los que no son «criollos viejos», no pueden ser democráticos pues son exhibicionistas, arrogantes, engreídos, arribistas, rastacueros, teatrales, cagatintas, farsantes, mentirosos, simuladores, mimetistas (65-66). Los ruinosos calificativos enumerados durante dos páginas se resumen en una expresión que para Gálvez es lo opuesto al hidalgo, a saber, *comerciantes*: «Es este un país de comerciantes (...). Esos hombres perderían demasiado siendo como realmente son y no como fingen, (...). Necesitan aparentar, en todo sentido aptitudes superiores y una vida que imaginan superior. Necesitan ser artificiosos, decorativos, exhibicionistas» (66).

¿Cómo prueba, sin embargo, que el criollo lo es? No lo hace, simplemente lo descuenta, así como considera auto-evidente su definición de democracia limitada.<sup>37</sup> Por eso y manifestando nuevamente esa tensión ya señalada en referencia a la dedicatoria, en la misma entrada en la que expone su concepto de democracia «verdadera», señala como prototipo de hombre, criollo y político a Bartolomé Mitre, artífice de la unidad nacional pero también representante con Sarmiento y Alberdi, de la tesis «modernizadora». No obstante Mitre, es un

---

<sup>37</sup> Este es otro punto en el cual Gálvez también es un «precursor», anticipando tópicos o posiciones que se generalizarán las décadas venideras. Este concepto de democracia «ilustrada», reservada a unos pocos meritorios o con la adecuada conciencia o comprensión de los hechos, perdurará durante casi todo el siglo XX en numerosos autores nacionalistas, liberales-conservadores e incluso también en algunos ideólogos reformistas e izquierdistas «anti-populistas», como se patentizará en la década del cuarenta, cincuenta, sesenta e incluso todavía en los setenta.

espíritu superior y precisamente por ello, fue «uno de los espíritus más francamente democráticos que hayan existido sobre la tierra» (67).<sup>38</sup>

Insiste luego, en la entrada siguiente –la del 15 de enero– en una de sus tesis fundamentales que desarrollará a lo largo de toda su obra, tomando distancia de otros autores nacionalistas, especialmente posteriores:

Sarmiento quedará como *el más grande de los argentinos porque ha sido el más argentino de todos*. Nadie como él comprendió tan profundamente *la vieja alma nacional*. Vivió y sintió nuestra historia, y podría decirse que dentro de sí, tal vez sin saberlo, llevaba toda la barbarie de su tiempo [subrayados nuestro] (1910: 68).

Más aún, se atreve a enunciar este juicio clave, que explica su hipótesis:

Sin las cualidades de la cultura *habría sido un caudillo*. Sus libros, informes y bárbaros, *son la obra de un faccioso y equivalen en literatura a la montonera* y a la política de desorganización. Adoraba la barbarie con el amor del genio y de los grandes artista [Subrayados nuestro] (*Ibidem*).

Así, nuevamente ratifica y se explicita su procedimiento de construcción y estipulación textual: Sarmiento es nuestro, no vuestro; es uno de los nuestros, un criollo leal y puro que se puede permitir ciertas «idiosincrasias». Pero, además, en realidad y a pesar de sus apariencias, es un bárbaro, un caudillo del pensamiento, otra forma, más moderna, de cuadillo.

Por otra parte estas líneas, escritas hacia 1910, anticipan, *in nuce*, la hipótesis central de su posterior biografía de Sarmiento, publicada en 1945: Sarmiento era, habría sido, furiosamente hostil a toda forma de socialismo izquierdista, tal como lo interpretaban marxistas como Aníbal Ponce (*cf. infra*). Claro, Gálvez vuelve a estipular arbitrariamente sus definiciones y ocultar alguna de las fuentes que pudieren llegar a contradecir sus hipótesis. No aparece citado,

<sup>38</sup> Repite aquí el autor uno de sus recursos discursivos más reiterados: cuando un hecho contradice su afirmación, lo ignora. Mitre era, como es sabido, descendiente de italianos. Vale decir que al menos en parte no representa a los «criollos viejos», a los hidalgos y conquistadores. No obstante –parece querer decir en su omisión– eso no contraría su asimilación «ideológica» y sobre todo de mentalidad, la que fue total; por eso aunque no sea totalmente criollo vale como tal, pues su mentalidad es –según Gabriel Quiroga– la de un neo-hidalgo acriollado, y eso en definitiva es lo que cuenta. Este es, como se verá luego, otro tópico adoptado por el nacionalismo integrista posterior, principalmente católico: no importa tanto el remoto origen, sino la fidelidad y la sinceridad de la «conversión», en este caso de la integración, de la adaptación y aceptación del paradigma hegemónico.

mencionado siquiera, el discurso de Chivilcoy, el cual contrastaría positivamente, la lectura de Ponce.

No obstante se vuelve a confirmar su «operación rescate», del pro-hombre criollo: «Las ocultaciones se refieren a dos aspectos de su vida: su autoritarismo y sus sentimientos religiosos. El objeto ha sido presentarle como demo-liberal y como desprovisto de creencias. Hoy los izquierdistas lo hacen suyo. ¡Y no hubo nadie que fuese más hombre de orden, más conservador!» (Gálvez 1922, [1945]: 803).

Ya había escrito en el *Diario*: «Era el *tipo genuino del federal* [sic] y del *castellano viejo*» [subrayado nuestro] (1910: 69) y, como si fuera poco: «Ningún escritor y ningún político argentino ha contribuido más eficazmente a *revelar*, y en cierto modo a *crear*, la *nacionalidad* [subrayado nuestro]» (*ibídem*).

Luego, Gálvez se atreve a explicitar un tabú de su clase: «Tal vez no haya una sola familia tradicional cuya sangre europea, en el pasado secular, se librara de la aleación inevitable con la estirpe aborigen» (70), y este mestizaje, a la postre era espiritualmente superior o preferible al mestizaje con los extranjeros «nuevos», causantes de la desnacionalización.

Los castellanos viejos, los hidalgos conquistadores, al unirse con los pueblos aborígenes, produjeron un tipo humano único, irrepetible; un tipo de hombre distinto de los tipos originarios: el *criollo*, que conserva la superioridad del hidalgo castellano y la adaptación insuperable de las razas indígenas a la tierra con lo cual adquiere una cierta superioridad con respecto al mismo español castizo. Para Gálvez, ejemplo de ello, era el mismo Sarmiento, máxima expresión de la «raza».

Obviamente esta cualidad, *ese justo y no excesivo hilo de sangre aborigen* (como explica a partir de la entrada del 5 de febrero) ocurrido en el momento de la Conquista (no después, esa es la condición, su remota ocurrencia, justificada por la necesidad de adaptación y por la falta de mujeres al «abrir la tierra») aporta una diferencia específica que hace al criollo, además, *distinto del inmigrante español del presente*. El criollo no sólo es superior por su hidalguía natural, sino porque ese ancestral mestizaje, facilitó la adaptación del conquistador a los factores geográficos, a «las condiciones mesológicas del continente sudamericano» las cuales «tienen que haber influido, en proporciones idénticas, sobre el indígena y sobre el blanco, determinando en ambos, a la larga, cualidades, sentimientos e ideas comunes» (71).

El criollo, por tanto, no sólo es diferente, superior a los extranjeros en general, sino también a los mismos extranjeros españoles de la actualidad, puesto que estos no sólo no son hidalgos, sino que además no poseen esa adaptación al *milieu*<sup>39</sup> que el criollo tiene por haberse mestizado en épocas ancestrales con

<sup>39</sup> Tópico central, también aunque con connotaciones diversas, en *Facundo* y en gran parte del ensayo de interpretación nacional (Cfr. Mancuso 1988) así como también común a toda la

el nativo preferentemente con la mujer aborigen, fiel compañera o manceba del conquistador castellano.

Aquí se patentiza una evidente racionalización, justificativa, del propio Gálvez y común a muchos miembros de su clase. La familia de Gálvez proviene de los fundadores de Santa Fe y descendería incluso de Don Juan de Garay, es decir, desciende de los sobrevivientes de la trágicamente fracasada expedición de Pedro de Mendoza, radicados en Paraguay, en la totalmente mestiza y amancebada ciudad de Asunción.<sup>40</sup> Es por ello que *debe*<sup>41</sup> afirmar que:

En ciertas provincias como Santiago del Estero por ejemplo, la población nativa [los criollos, los no-inmigrantes], *en su totalidad casi absoluta, cuenta con ascendientes indígenas*. (...) durante la época colonial no venían de Europa mujeres sino excepcionalmente [subrayados nuestros] (1910: 70).

Esboza luego un principio de proto-americanismo:

La existencia del tipo americano, genuino y característico, es conocida en España, donde jamás se creará europeo a un cubano o a un boliviano netos. (...) diferenciándonos de los europeos tan visiblemente, *los hispanoamericanos tenemos infinidad de costumbres, sentimientos e ideas comunes* (...) [subrayados nuestros] (*Ibidem*: 72).

Y a continuación esboza un juicio que se repetirá *a la lettre* en los años setenta:

---

literatura sociológica e histórica positivista (v. gr. Hippolyte Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, 1864).

<sup>40</sup> Sabido es que la Asunción de los primeros pobladores era un verdadero «paraíso poligámico» donde los españoles contaban con harenes de decenas de indígenas. Ver Sáenz Valiente (1942), Palacio (1954).

<sup>41</sup> ¿A su pesar? No queda claro, posiblemente no, pero esta característica pesa en el nacionalismo argentino, principalmente en sus corrientes más elitistas. No pueden negar un hecho sabido y evidente; les pesa en parte, a veces lo ocultan, mayormente lo mitifican –como Gálvez– o se esfuerzan por llegar a una valoración positiva como Ricardo Rojas en su sentida y poética novela *El país de la selva* (1907) o en la meditada *Eurindia* (1924) dónde desde una medida y ecuánime perspectiva integrista pretende rescatar lo positivo de los sucesivos y aluviales mestizajes argentinos desde el remoto pasado prehispánico hasta el reciente inmigratorio. Sarmiento, descendiente con antepasados huarpes, prefiere no insistir demasiado en la cuestión; sabía que los atavismos (bárbaros, no necesariamente positivos en ese contexto «modernizador y progresista») eran poderosos pero que la educación era un factor mucho más potente para la modificación de las sociedades.



El gallinazo que se baila en Colombia es ni más ni menos *nuestro* gato; y entre los aires populares de México pueden encontrarse *nuestro* cielito, *nuestra* zamba y *nuestro* triunfo. Todas las semejanzas que tenemos los hispanoamericanos unos con otros, *mal que nos pese a los argentinos*, nos acercan increíblemente y revelan, *no sé si por suerte o por desgracia*, la existencia de un *tipo*<sup>42</sup> uniforme en los países americanos de habla española [subrayados nuestros] (*Ibidem*).

Aparece aquí ya esbozado el concepto de «patria grande» sanmartiniana (¿o bolivariana?) que se reiterará hasta el hartazgo en la literatura nacionalista posterior. Pero por el momento la señalización cultural está dirigida fundamentalmente a la diferenciación con el extranjero contemporáneo a Gabriel Quiroga («escoria», «plebe ultramarina», «gringo») que, incluso aunque sea hispánico, no es equiparable con el criollo-hidalgo ni con los descendientes de los mancebos,<sup>43</sup> también ellos criollos y descendientes de los conquistadores.

Por eso,

Esta idiosincrasia americana podrían observarla en nuestras provincias, (...) los *sociólogos a la moda*.<sup>44</sup> Las costumbres del Norte no son indígenas ni españolas, si bien en la clase superior de la sociedad ellas se aproximan un tanto a las costumbres de Castilla y Andalucía [subrayados nuestros] (*Ibidem*: 72).

Y concluye:

Lo americano, pues, *existe*. (...) Y para concluir, he aquí la prueba final de mi aserción: algunos individuos sentimos lo americano; luego existe. No digo que lo hayamos creado, precisamente, pero si así fuese, nuestro pragmatismo constituiría un argumento probatorio [subrayados nuestros] (1910: 72).

---

<sup>42</sup> Término típico de la sociología positivista que se repite también en *Facundo*.

<sup>43</sup> Aparece aquí ínsita también la reactualización de la alianza de clases entre los caudillos tradicionales y las huestes de la montonera; que se resemantizará posteriormente entre los nuevos dirigentes nacionalistas tradicionalistas y los «cabecitas negras», unidos contra el extranjero (el no-criollo) apátrida: explotador, ladrón y/o anarquista.

<sup>44</sup> ¿Podría referirse, por ejemplo, a Félix Basterra y su *El crepúsculo de los gauchos*? Y a tantos otros intérpretes de la realidad argentina, realizada sin el conocimiento del verdadero país, del país profundo, contaminados por postulados anarquistas y socialistas. Obviamente también se refiere a los numerosos autores liberales y progresistas en boga (Juan B Justo, Federico Pinedo, José Ingenieros, Octavio Bunge).

Poco antes había definido a Alberdi como «un espíritu europeo» que tenía «toda la pedantería y la ingenuidad del perfecto unitario». Gabriel Quiroga, que implícitamente se define entonces (por defecto) como federal, también lo hace (por oposición) como «realista» político. Así es la Argentina, de poco vale buscar cambiarla, no será posible. Alberdi era «un retórico; no sentía el espíritu de la patria e incapaz de comprender el alma americana, la negaba». Y esta negación, de Alberdi y de la minoría unitaria, causó la guerra civil, más aún: los cuarenta años de nuestra barbarie no son otra cosa que la rebelión del espíritu americano contra el espíritu europeo (74).

Es decir que la misma barbarie, la denunciada por Sarmiento, la denostada por Alberdi, la barbarie que tradicionalmente los unitarios, por incompreensión, asociaron a los federales y a los caudillos criollos, fue causada por la contaminación forzada del espíritu europeo. Aquí Gabriel Quiroga/Manuel Gálvez completaron la primera inversión de los valores del ensayo de interpretación anterior. El anti-*Facundo* completa en este punto su transmutación fundamental: barbarie no es la señorial y adaptada cultura criolla, sino la forzada cultura europea transportada forzosamente al medio, a la geografía americana. El proyecto unitario –se repite el viejo cliché de la mazorca rosita, tal como aparece citado y parodiado en *El matadero* de Esteban Echeverría (ca 1838 y 1840)– era simplemente utópico, absurdo, más aún, ridículo. Por el contrario el espíritu federal era «espontáneo, democrático, popular y bárbaro».

Por ello, la literatura y el arte criollo, son «productos genuinos del medio social y del medio físico». Sin embargo hay algunas situaciones dramáticas, porque no todas pudieron sobrevivir a la invasión cosmopolita, tal el caso de la música argentina. La música del Norte argentino aparece a Gabriel Quiroga como «lúgubre» dado que «toda el alma de esta raza vencida y embrutecida, de esta raza miserable, alcoholizada, rencorosa, melancólica» se manifiesta en las composiciones musicales tradicionales, particularmente «degeneradas» por la marginación de los aborígenes.<sup>45</sup> En el Litoral, en cambio, subsisten los aires tradicionales, los llamados «tristes», se conservan en las comarcas del interior entrerriano. Sin embargo en las ciudades del Litoral, en Rosario y en Buenos Aires, el cosmopolitismo arrasó la música popular, confinándola a las comarcas aisladas del interior de las provincias, en las más remotas localidades de Santa Fe, Entre Ríos o Buenos Aires. En cambio en las metrópolis se abrió paso el

---

<sup>45</sup> Cabría preguntarse, de aceptarse la hipótesis del autor (y sin ánimo de polemizar) quién marginó a esa «raza vencida», quien conquistó a los indios y los envileció y embruteció. Este capítulo se contradice, en un descuido de honesta sinceridad, con muchas de las afirmaciones de los capítulos anteriores. Es decir, casi sin darse cuenta Gabriel Quiroga/Manuel Gálvez, refuta la idílica y bucólica visión de esa conquista de «nobles hidalgos» que sometieron a los «salvajes nobles». Los extranjeros cosmopolitas pudieron ser responsables de infinidad de hechos, pero no ciertamente de la marginación de los aborígenes como consecuencia de la conquista... Pues, como se empecina en recordar el narrador, «esos» gringos simplemente no estaban en los albores de la nacionalidad.

tango argentino, de poquísima relación con la música tradicional argentina o hispanoamericana. Más aún, Gabriel califica al tango (del que niega que esté relacionado con la música tradicional argentina e hispanoamericana)<sup>46</sup> como simplemente «funesto» y «el más alto exponente de la guaranguería nacional». Incluso lo considera el más «lamentable síntoma de nuestra *desnacionalización*»<sup>47</sup> [subrayado nuestro] (78).

Pasa a continuación a desmitificar, desde su perspectiva, el gran mito del liberalismo conservador argentino: *la batalla de Caseros*. Para el autor, «*la caída de Rosas no modificó nada*» y la «organización nacional estaba realizada, precisamente por Rosas» por lo que «la Constitución no constituyó ni organizó la Nación sino que, en realidad, sólo se limitó a *reconocerla*» [subrayado nuestro] (79).

El texto, por tanto, anticipa las dos tesis principales del revisionismo y del nacionalismo católico posteriores, a saber:

a) Rosas fue el *gran prohombre de la historia argentina*, el creador del Estado nacional unificado, el campeón del irredentismo de las provincias secesionistas (Tarija, Paraguay, Paraná, la Banda Oriental), el campeón de la religión; y

b) La Nación argentina era una realidad, aún antes de la Constitución, la cual sólo se limita a reconocer su existencia legal a partir de la existencia *de facto* aunque no *de jure*.

La tesis de la existencia «objetiva» y «definida» (*i.e.* concluida, perfecta) de la «Nación Argentina», será un elemento clave en todo debate posterior. Los liberales no crearon la Nación argentina con su Constitución republicana, sino que se limitaron simplemente a «reconocerla» pues es un producto de su medio.

Para refutar las proposiciones de Sarmiento y Alberdi, Gabriel Quiroga apela a las categorías del más crudo *positivismo determinista y reduccionista*, contradiciendo, no obstante, sus postulados «espiritualitas», no materialistas, expuestos en los capítulos iniciales del diario: «Incapaz de ver las relaciones [se refiere a Alberdi] entre la sociedad y el medio físico» (80) le sirve para excluir de la verdadera nacionalidad a los *argentinos extranjeros* (aquellos que no son producto de su medio) y a los *argentinos verdaderos* (descendientes de los hidalgos, quizás mestizos, producto del medio americano) pero *europerezados* debido a que han cometido el mismo error de Alberdi «muy difundido de considerar como indios solamente a los salvajes que viven en las tolderías» (81).

<sup>46</sup> Es curioso cómo para Gálvez el tango argentino nada tiene que ver con su homónimo cubano y es una clara manifestación de la cultura gringa: itálica, judeo-alemana, española, pero no hispano-criolla o castiza.

<sup>47</sup> Con manifiesta sensibilidad semiótica, Gálvez relaciona las mentalidades implícitas en los productos artísticos con las ideologías (las formas creativas) que se transmiten estéticamente.

Sin embargo, el recurso argumentativo le es útil no sólo para subordinar a los «gringos» invasores sino también a otros indígenas conquistados (en la todavía reciente «conquista del desierto») o mestizados «posteriormente» o provenientes de países limítrofes. Es decir, los indios «rescatables», son los mestizados secularmente, en su justa medida, que aceptaron el dominio militar y la hegemonía cultural y política de los hidalgos españoles que abrieron la tierra en la primera conquista. Este es el auténtico argentino, «el argentino típico del porvenir» (83), el único que podrá resistir, pues:

Si nuestra barbarie anárquica ha significado, como creo, la resistencia del espíritu americano a desaparecer bajo la implantación y predominio del espíritu europeo, el provincialismo viene a ser la forma pacífica y actual de esa vieja resistencia. (...) su culto a la patria, su odio al extranjero, su sentimiento de nacionalidad, (...) debemos fomentar el provincialismo. (...): la salvación de la nacionalidad (1910: 84).

Sin embargo, a continuación enuncia una última exclusión a este proyecto de «purificación» abstracto de la raza. Así como «el indio existe en casi todos los hombres de tierra adentro y aun en muchos del Litoral» –y esto no deja de ser un problema social, pues en ciertas ocasiones se revela, negativamente, el salvajismo de «los bárbaros malones» en ciertos «argentinos civilizados»– también existe el mulato:

Hay personas respetables, cultas, correctas, en quienes el atavismo y la influencia de sangre blanca sobre la línea ascendente han borrado al remoto abuelo mulato y que, sin embargo, en tal momento de su vida realizan *un acto indigno de ellos*. Es *el mulato que reaparece*. Nuestra política y nuestra sociedad están repletas de esos indios y esos mulatos invisibles, infrahumanos, intermitentes. En los partidos de oposición [sic] han abundado siempre los mulatos principistas, heroicamente austeros fuera del gobierno, pero que, una vez encumbrados en algunos puestos, resultan simples ladrones de los dineros público o demagogos sin moralidad [subrayados nuestros]. (1910: 85).

Este mulato, aparentemente civilizado, no deja de ser, al fin de cuentas, una variante del arribista. Los argentinos en general (los que no descienden de los hidalgos eventualmente mestizados en épocas remotas y en circunstancias particulares) son variantes de los arribistas, personas superficiales, espiritualmente vacíos, la mayor de las miserias humanas. ¿Pero por qué son así? La respuesta resulta un tanto sorprendente y es un volver a presentar los argumentos precedentes, desde un punto de vista complementario, con una insistencia más en la «inferioridad» espiritual de los «otros».

La exposición ahora deja el ropaje positivista y pretende basarse en argumentos culturológicos, históricos, de mentalidad de los factores étnicos («puros» podría decirse) que forman la sociedad argentina del Centenario: el blanco tradicional (que es, mayormente, un mestizo según su tesis o por lo menos un blanco adaptado perfectamente al *melieu* por siglos de residencia en la geografía americana) debe convivir con: el inmigrante, el indio y el negro:

El inmigrante no puede ser sino superficial. Ha venido a América buscando su oro, (...) todos sus sentimientos, convergen a un solo fin: el dinero (1910: 86).

Con los otros tipos humanos la situación no deja de ser desoladora:

Del indio sabemos su entusiasmo por las cuentas de vidrio, las plumas coloreadas y los objetos vistosos. Y en cuanto al negro, cuya presencia se nota en los millares de mulatos que contiene el país, nadie ignora sus alegrías infantiles antes los espectáculos pomposos (*ibidem*).

Su superficialidad se debe, a diferencia del *parvenu* blanco de baja extracción social (industrioso pero carente de clase y estilo por ventral y ambicioso) por la incapacidad para realizar cualquier actividad ordenada y sistemática. La conclusión implícita es simple: nada es como ser un criollo de pura cepa... literalmente nada.

Desde el punto de vista de Gabriel Quiroga, implícitamente, la sociedad no tiene futuro, a menos que los criollos retomen el control absoluto del país, de su política, de su economía y de su cultura.

En los capítulos siguientes, a partir de la entrada fechada el 2 de junio en la ciudad de La Rioja, trata de demostrar esa tesis en un periplo del joven escritor por las provincias del norte: Catamarca, Salta, Jujuy y nuevamente La Rioja. Es un viaje por las provincias profundas en la que, no sin contradecirse, recorre la geografía pero también redescubre su espíritu, conoce y comprende ese país desconocido. El paisaje se le presenta como bárbaro –apacible pero bárbaro– carente de escuelas y ferrocarriles pero en perfecta armonía con su medio. Es un paisaje (natural-cultural) perfecto porque no carece de espíritu.

Luego, en Córdoba, redescubre –como Sarmiento en *Facundo*– a España: «Córdoba no es argentina» (96) es «España, pero una España teológica y conceptista» (...) «es esa España artificial» (97) y sobre todo es católica, colonial y en abierto «combate contra el progreso» (99). Las características que Sarmiento consideraba negativas en Córdoba en la visión de Gálvez son

positivas, y como Sarmiento<sup>48</sup> ve en Córdoba la esperanza del país: para Gabriel Quiroga es el corazón de la resistencia contra el progreso y las fuerzas antinacionales.

Finalmente, la última parte del *Diario*, fechada en 1909, repite algunos argumentos tratados en los apartados anteriores desde una perspectiva semejante, y vuelve a oponer el Interior a las ciudades sin espíritu como Buenos Aires y Rosario y a criticar a los *esnobs* extranjerizantes para luego desembocar la *cuestión literaria*.

Gabriel Quiroga, *alter ego* de Gálvez, centra su interés en qué literatura o cuál literatura puede ser producida en este país, en esta sociedad sin espíritu y superficial, extranjerizante y «mulatilla».

La historia literaria argentina se divide, según el narrador, en dos grandes grupos, bastante predecibles y obvios:

(...) los que hacen literatura europea, tomando los procedimientos y los asuntos de la literatura francesa, española, italiana o inglesa. El otro grupo se compone de los escritores llamados criollos, que toman como tema exclusivo el campo y el gaucho y que usan procedimientos bárbaros y anti-literarios. Estos escritores son más humanos, más sencillos y más realistas que los otros; pero ignoran toda técnica y producen obras informes (1910: 121).

Aparecen sí nuevos escritores, escritores «jóvenes» un pequeño número... pero no «esa turba anónima de literatoides, cuya labor consiste en eyacular, pedantescamente, diatribas insustanciales para atraer sobre sí un momento la atención del público» (122).<sup>49</sup> Esta afirmación diferencia claramente a los verdaderos escritores (implícitamente, los escritores criollos) que tiene derecho natural a producir significativamente, de los otros, los pseudos-escritores, los «cagatintas», los «eyaculadores de escritura». Más aún, con furia y el *non plus ultra* del absoluto y total desprecio afirma:

Tales individuos –*mulatillos envenenados o hijos de inmigrantes que aún apestan a conventillo*— nutren su espíritu a base de periódico, de conversaciones de café, y de biblioteca Sempere. Ellos, naturalmente, tienen *su socialismo o su anarquismo* y forman número en la caravana de los *ratees*, de los fracasados y de los atorrantes sociales e intelectuales [subrayado nuestro] (1910: 122).

<sup>48</sup> Recordemos que para Sarmiento Córdoba albergaba una esperanza contra el rosismo y la anarquía: el genio del General Carlos María Paz.

<sup>49</sup> Ver el desarrollo de estas tesis en *El mal metafísico* (1916). Ver también, especialmente, los diálogos entre escritores en *Hombres en soledad* (1938).

Este juicio, impiadoso y extremo, revela claramente hasta qué punto lo indigna o lo preocupa que los productos simbólicos sean producidos por miembros que no sean de su clase. No es el estilo, la temática ni los procedimientos literarios lo que desprecia ante todo, sino que los *mulatillos* (literales o simbólicos) o los «gringos» osen producir literatura, con un medio expresivo— la lengua— que les resulta ajena y, lo que es peor, que divulguen ideas subversivas.

Todos estos individuos corresponden a cuatro clases de literatura: la literatura mulata, la literatura del inmigrante, la literatura abogadil y la literatura normalista (*Ibidem*).

Son distintas formas de literatura «peligrosa», cada una en su tipo y en su nivel de gravedad.

De estas cuatro formas aborígenes de la literatura la única inofensiva es la última. Ella tiene sus órganos en las revistas de barrio y en los periódicos de provincia, donde, (...) deleita los ocios de las maestritas<sup>50</sup> [sic] y de las niñas cursis (...) (*Ibidem*).

En cambio la «literatura abogadil» es menos inocente, porque colabora con los grandes diarios, corrompiéndolos, y representa la literatura nacida o desarrollada a partir de una cátedra universitaria:

Al cabo de varios años de aspirar y de «hacerse valer» termina en una cátedra universitaria o en un libro súper trascendente (1910: 123).

Pero la peor, por las consecuencias posibles es la «literatura inmigrante» pues «es un tanto peligrosa»:

---

<sup>50</sup> Otro de los típicos objetos de odio y desprecio de Gabriel Quiroga y su clase es la «maestra normal»: porque educa a la masas y desnacionaliza (y ese fue uno de los grandes desaciertos de Sarmiento) y por su extracción social (generalmente extranjera —angloamericana, inglesa o italiana— o descendiente de inmigrantes o, peor aún, socialista y/o sufragista). Gabriel ve, además, en la maestra normal otra enésima manifestación de arribismo, de ascenso social patinado de un mínimo de cultura. *V. et., La maestra normal* (1914).



Agresiva y demoledora en sus comienzos, tórnase luego, quizá por necesidad fundamental, conservadora y oportunista; pero retiene cierta hostilidad envidiosa que puede leerse entre líneas. El *inmigrante literario* [sic], que posee un cierto instinto comercial, acaba generalmente en el periodismo, en la literatura dramática o en la crítica de teatros (1910:123)

Vuelve a aparecer aquí el desprecio por el inmigrante asociándolo al *cliché* de su afán de lucro,<sup>51</sup> omitiendo que es un escritor que pretende ser «profesional», que debe escribir para vivir, alejándose de la imagen del escritor *dandy*,<sup>52</sup> o que el mismo Gálvez publicaba regularmente en *La Nación*.

Pero lo que evidentemente le molesta y preocupa a Gabriel Quiroga es la potencial competencia simbólica (y económica incluso) que representa una nueva clase de escritores<sup>53</sup> que no responden a la tradición de legitimación consuetudinaria del campo literario argentino criollo y que además difunde, potencialmente, ideas disgregadoras y antinacionales. Además, la literatura teatral produce otro efecto no deseado, a saber la masificación del hecho literario, de la divulgación de ideas y de crítica social («resentida» dice el autor) a un público potencialmente mucho más amplio que el puramente literario-escriturario, máxime en una sociedad que de hecho era plurilingüe y todavía masivamente analfabeta. El público literario, merced al teatro, era mayor que el escrito, incluso el de los periódicos.

Finalmente, repudia la literatura mulata,<sup>54</sup> que puede ser en apariencia brillante e imaginativa pero impotente pues el mulato es «híbrido como el mulo» (123) y por la «perversidad de su espíritu» y «la carencia de sólida disciplina mental» (124).

En estas valoraciones pseudo-rigurosas, Gabriel no escapa ni al prejuicio ni al *cliché*. Lo obsesiona la competencia, el jaque a la hegemonía cultural, simbólica y económica criolla, si bien la ficcionaliza y la mistifica con un ropaje supuestamente espiritualista y purificador de los valores y las costumbres.

El *Diario* concluye con algunas breves entradas relativas al año 1910, en las que desarrolla dos tópicos interrelacionados: la reactualización de la «cuestión del unitarismo y del federalismo» y la propuesta de una marcada y decidida reacción nacionalista, como un proyecto de acción directa, de batalla cultural y política, justificada en el profundo amor que siente por *su* patria.

<sup>51</sup> Ver Arlt (1926 y 1931).

<sup>52</sup> Vide Viñas (1964).

<sup>53</sup> Baste recordar el ejemplo de Roberto Giusti y la revista *Nosotros* (1930).

<sup>54</sup> No deja de ser curiosa esta caracterización de «literatura mulata», que posiblemente busca extender la taxonomía de los tipos humanos a los tipos literarios, pues no se detecta una literatura, como ocurre en Estados Unidos por ejemplo, étnicamente negra o mulata. Es decir, más allá de que existiesen escritores mulatos, descendientes de afro-argentinos, no se la puede caracterizar ni era leída como tal, como literatura «mulata».

Luego de aclarar que «no es una mera lucha de partidos» repite, también aquí, el *cliché* en torno a la definición de estas dos «tendencias».

El unitario típico es casi siempre «doctor», pedante y literato (...) jacobino y campanudo (...) librecambista y liberal; tiene la manía civilizadora y, desconocedor del ambiente y careciendo de sentido de la realidad (...). Representa el espíritu europeo; (...). Detesta España. Carece de verdadero patriotismo (1910: 137).

En cambio, el federal es visto como un auténtico y puro salvaje noble:

El federal representa el tipo opuesto. El federal genuino casi nunca es doctor: es estanciero, general, «comandante de campaña». No tiene ideas sobre la patria pero la siente intensamente, criollamente, (...) es un producto genuino de la tierra: (...). Tiene toda la viveza del gaucho. Carece de ilustración y de preocupaciones formales. Es sencillo, democrático, «a la que te criaste»; (...). Es conservador, proteccionista. Generalmente provinciano, conoce bien el país y, por su perspicacia y su sentido de la realidad, resulta un excelente hombre de gobierno (*Ibidem*:138).

Y tomando distancia de la afirmación de «que Rosas fue en la práctica un verdadero unitario» concluye que «fue un federal genuino, como lo fueron ciertos caudillos, como lo fue, a pesar de su unitarismo político, Sarmiento, como lo es ahora el general Roca» (138).

Esta conclusión es clave para comprender el plan ideológico de Gálvez en su proceso no de crítica sino de *recuperación* de Sarmiento: el Sarmiento hidalgo, federal de espíritu a pesar de su práctica política centralista, no unitaria en realidad, porque no padecía de abstracto unitarismo.<sup>55</sup> En cambio, «el unitarismo es un estado ficticio y antitradicionalista, un parásito que necesitamos extirpar. Los unitarios y sus actuales equivalentes significan, para el cuerpo social, muchos átomos de extranjerismo, de monomanía europeizante, de pedantería y de afectación de la cultura» (139).

Sin embargo y antes de concluir este programa de nacionalismo, el *Diario* presenta un recorte de su personal definición de nacionalismo que se convertirá en uno de los fundamentos teóricos del desarrollo ideológico posterior de esta tendencia política que se convertirá en absolutamente hegemónica y excluyente en las décadas venideras. En efecto, Gabriel Quiroga, critica dos características de la cultura argentina contemporánea: la

---

<sup>55</sup> Obviamente esta interpretación de Sarmiento no será aceptada por la totalidad de los autores nacionalistas.

mediocridad igualitarista (casi lumpen) de las pseudo-democracias americanas; y el moreirismo, al que califica como una deformación, un «desequilibrio aventurero y quimérico de los españoles» (140) y esto se debe, en parte, a la influencia negativa de las figuras literarias difundidas, performativamente, en la sociedad argentina de la época:

De todos los gauchos célebres el que más admira el pueblo no es Santos Vega, gaucho poeta, ni Martín Fierro, gaucho bueno, sino Juan Moreira, gaucho agresivo y pendenciero (1910:140).

Y esto se debe a la difusión imitativa de los gustos y costumbre del «bajo pueblo». Obviamente esta afirmación última manifiesta, o una palmaria contradicción con algunos de sus postulados ideológicos expuestos a lo largo de todo el texto; o anticipa una crítica «objetiva», difícil de refutar, del criollo y de la sociedad tradicionalista argentina hidalga:

El moreirismo es el alma de nuestras democracias federales. Explica nuestras revoluciones, nuestras tendencias agresivas, y esa funesta lacra de nuestro pueblo, que se llama compadraje (1910: 141).

Esta afirmación se presenta casi como un esbozo de autocrítica del criollaje, una *concessio* retórica y teórica a la tesis central de *Facundo*, un rescate complementario de la figura de Sarmiento (el cual, obviamente, no estaría, entonces, tan errado) pero, asimismo, implícitamente el texto afirma que este moreirismo casi connatural al criollo<sup>56</sup> es preferible a los «átomos de extranjerismo», socialmente disgregantes por su anti-tradicionalismo:

Pero frente a las ideas antitradicionalistas ha aparecido en los últimos años un sentimiento vago y complejo que aún no ha sido exactamente definido y al que se ha llamado nacionalismo. Esta denominación no me agrada del todo. (...) ella ofrece demasiado margen a la propagación de criterios equivocados sobre la esencia y espíritu de nuestro nacionalismo. De no estar ya en circulación esta palabra, hubiera preferido su casi homóloga “tradicionalismo”, que presenta sobre aquella la ventaja de sugerir ideas de pasado y conservación (1910: 143).

---

<sup>56</sup> «Dentro de todo argentino hay siempre un “compadre”, un Juan Moreira, así como dentro de todo español hay siempre un Don Quijote» (1910: 141).

Esta conclusión es clave. Gálvez –en la voz de Gabriel Quiroga– explica que su nacionalismo-traditionalista no es cualquier nacionalismo, sino uno cuya esencia es la tradición, *una tradición que se considera totalmente cerrada, concluida a la cual ya no se pueden integrar nuevos elementos multiculturales*. El nacionalismo es la expresión de la «raza» y de la «patria» que pretende «argentinizarnos» [sic]:

El nacionalismo anhela la grandeza espiritual del país sin despreciar por ello los intereses materiales. El nacionalismo combate todas las causas de desnacionalización, todas las ideas, todas las instituciones y todos los hábitos que puedan, de algún modo, contribuir a la supresión de un átomo de nuestro carácter argentino (1910: 144).

El texto concluye con dos frases de trascendental importancia, especialmente a la luz de los acontecimientos políticos venideros. Primero, la justificación de la violencia política de grupos de civiles de choque:

Las violencias realizadas por los estudiantes incendiando las imprentas anarquistas, mientras echaban al vuelo las notas del himno patrio, constituyen una revelación de la más trascendente importancia. Ante todo, esas violencias demuestran la energía nacional. En segundo lugar, enseñan que la inmigración no ha concluido todavía con nuestro espíritu americano pues conservamos aún lo indio que había en nosotros (*ibídem*).

Lo que demuestra que el principal interlocutor del texto, al cual le está respondiendo, es al anarquismo extranjero, más aún, a «los planes anarquistas» lo que justificaría la reacción sistemática, activa y militante.

Finalmente, el libro se cierra, tras ratificar cada concepto vertido, con una amplia dedicatoria evocativa de su infancia, de su pueblo, de su tierra y de su provincia, de sus padres, su familia, su mujer, sus nobles antepasados y en especial, evoca a «aquel noble hidalgo don Gabriel de Quiroga» (145), el conquistador español que, como tantos, siglos ha, creó una familia y contribuyó a crear una nacionalidad.

El *Diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, se confirma como el primer breviario del nacionalismo argentino, como una síntesis de su ideario ideológico, cultural y político pero también como un sintético pero claro plan de acción militante (e incluso violento) con el fin de reafirmar la tríada de «Tradición» (hábitos, religión, raza, lengua), «Familia» (antepasado hidalgo, padres, hermanos, mujer) y «Propiedad» (tierra, pueblo, campo) como respuesta al anarquismo extranjerizante.

## Conclusiones preliminares

A la luz de lo expuesto, resulta clara la estrategia discursiva de muchos de los autores nacionalistas. Primero, la deconstrucción de Sarmiento se justifica por sí y por carácter transitivo, ya que muchos de los tópicos anarquistas fueron a su vez tópicos sarmientinos.<sup>57</sup> La estrategia discursiva de los nacionalistas no se limitará, por tanto, a esta crítica negativa, sino que recurrirá a un procedimiento mucho más complejo y sutil: *retomará los tópicos anarquistas pero serán resemantizados en los textos nacionalistas: i.e.* las reivindicaciones obreras serán por tanto aceptadas pero profundamente modificadas por la versión neocriollista de la historia nacional, por el cotexto religioso y por la pretensión de superación de la conflictividad permanente.

La conclusión de este proceso aquí resumido, tuvo como consecuencia que hacia mediados del siglo XX, se conformara un nuevo sentido común que resulta claramente espurio, un curioso y original híbrido entre definiciones y ambiciones sarmientinas con reivindicaciones anarco-socialistas y sindicalistas y en clave y ética nacionalista y neocriollista.

Es decir que el giro intelectual que se inicia en torno a 1910 y que madura en torno a 1940 logra conformar una mentalidad común, un sentido común policlasista y transversal que explica en gran parte la evolución cultural de la segunda mitad del siglo. En gran medida, *algunos principios teóricos y algunas de las principales preocupaciones e inquietudes del anarquismo, releídos y profundamente mutados por el nacionalismo, serán la condición de posibilidad del pensamiento social y de gran parte de la producción artística, (particularmente literaria) posterior.* Esta peculiaridad será la cualidad distintiva del «ser nacional» en el cual, los enemigos ideológicos y/o estéticos coincidirán irreversiblemente. En otros términos, la teoría y la práctica literaria (ficcional y ensayística) del anarcosocialismo más el nacionalismo generará un interpretante final que no será ni uno ni el otro, pero que de alguna manera los incluye y los supera. Y este sincretismo concluirá, precisamente, en torno a 1945.

Por ello, si bien el peronismo no es ajeno al nacionalismo, tampoco lo es el radicalismo, que nació casi como un proyecto nacionalista y que adquiere su formulación más clara en FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina).

Así como, en nuestra opinión, *las poéticas literarias y artísticas en general de la segunda mitad del siglo XX, no sólo son deudoras de las vanguardias internacionales, sino que encuentran un antecedente y una sensibilidad*

---

<sup>57</sup> Debe entenderse que entre 1920 y 1930 Sarmiento era un prócer de la Argentina liberal, pero que estaba siendo apropiado por el pensamiento de izquierda. *Vide v.gr.* Aníbal Ponce. *Cfr. et. infra* Gálvez 1922.

*preparada por la tradición de la literatura y la teoría social anarquista vernácula (sobre todo en lo que respecta a la concientización de las masas obreras) en los principios constructivos de la literatura libertaria, también puede postularse que la construcción del imaginario social y de los tópicos literarios y críticos venideros, están definidos por la agenda derivada de la producción teórica nacionalista, elaborada como respuesta a la hegemonía alternativa de la literatura y teoría social anarco-socialista y sindicalista precedente.*

En suma, la notable hegemonía del discurso anarquista (especialmente en el mundo obrero e inmigrante) muta (por obra de toda una reacción cultural especialmente centrada en la educación, en sentido amplio) en otra también notable hegemonía del discurso nacionalista, que se extenderá, de ahora en más, a toda, absolutamente toda, la cultura,<sup>58</sup> lo cual no implicará su «traición» o «deformación» perversa, al menos desde la perspectiva de los primeros nacionalistas.

Pero esa ya es otra historia que excede los límites fijados para la presente exposición. ■

---

<sup>58</sup> Recordar las publicaciones periódicas fundamentales de este sentido: *Ateneísta, Azul y Blanco, Balcón, Baluarte, Cabildo, Clarinada, Convivio, Cristiandad, Criterio, Diario Ilustrado, El Legionario, El Pampero, Gaceta de los Cursos de Cultura Católica, Humanidad, Idea Viva, La Nueva República, Política y Espiritu, Sapientia, Sept, Sol y Luna, etc.*

**REFERENCIAS****Metatextuales:**

ARICÓ José María

1999 *La hipótesis de Justo: escritos sobre el socialismo en América Latina I*, Buenos Aires: Sudamericana.

GODIO Julio &amp; Hugo MANCUSO

2006 *La anomalía argentina. De la tierra prometida a los laberintos de la frustración*, Buenos Aires: Miño & Dávila.

MANCUSO Hugo Rafael

1972a «La tradición argentina», *El Lucero*, septiembre.1972b «Martin Fierro. La conmemoración del año Hernandiano», *El Lucero*, noviembre.1985 «Literatura americana, literatura europea», *La Prensa*, 13 de octubre.2001 *Gramsci e gli anarchici del primo 900*, Roma: IIRS/CNR.2011 «Constelaciones textuales y responsivas entre anarquismo y nacionalismo del centenario a la posguerra», en MALLIMACI Fortunato y CUCCHETTI Humberto (comps.) *Nacionalistas y nacionalismos. Debates y escenarios en América Latina y Europa*, Buenos Aires: Gorla, pp. 63-85.

MANCUSO Hugo R. y MINGUZZI Armando

1999 *Entre el fuego y la rosa. El pensamiento social italiano en Argentina. Anarquistas, socialistas, comunistas (1870-1920)*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

VIÑAS David

1964 *Literatura argentina y realidad política: de Sarmiento a Cortazar*, Buenos Aires: Jorge Álvarez.**Textuales:**

ARLT Roberto

1926 *El juguete rabioso*, Buenos Aires: Editorial Latina.1931 *Los lanzallamas*. Buenos Aires: Claridad.

BASTERRA Félix B.

1900 *Dos palabras*, s/l: s/e.1901 *Sobre ciencia social*, s/l: s/e.1903 *El crepúsculo de los gauchos: estado actual de la República Argentina*, Montevideo: Claudio García.1904 *Política de los partidos políticos*, s/l: s/e.1908 *Asuntos contemporáneos*, Buenos Aires: s/e.

BORGES Jorge Luis

1932 «El escritor argentino y la tradición», en *Obras Completas 1923-1949, La discusión*, Buenos Aires: Emecé, 1989: 267-74.

BUNGE Alejandro

1940 *Una nueva Argentina*, Buenos Aires: Kraft.

GALVÁN MORENO, Celedonio

1938 *Radiografía de Sarmiento*, Buenos Aires: Claridad.

GÁLVEZ Manuel

1910 *El diario de Gabriel Quiroga*, Buenos Aires: Moen.1914 *La maestra normal*, Buenos Aires: Nosotros.1916 *El mal metafísico*, Buenos Aires: Nosotros.1922 *Vida de Sarmiento*; Buenos Aires: Tor; Buenos Aires: Emece, 1945.1938 *Hombres en soledad*. Buenos Aires: Ediciones Club del Libro.

GÜIRALDES Ricardo

1915 *El cencerro de cristal*. Buenos Aires: La Facultad.1926 *Don Segundo Sombra*, Buenos Aires: Proa.

GHIRALDO Alberto

1922 *La Argentina. Estado social de un pueblo*, Buenos Aires: Editorial.



- 1934 *La novela de la pampa*, Santiago de Chile: Dirección General de Prisiones.  
 1937 *El pensamiento argentino*, Buenos Aires: s/e.  
 GONZÁLEZ ARRILI Bernardo  
 1946 *Sarmiento*, Buenos Aires: Kapeluz.  
 LUGONES Leopoldo  
 1911 *Historia de Sarmiento*, Buenos Aires: La Facultad.  
 MINISTERIO DEGLI AFFARI ESTERI  
 1890 *Manuale dell'emigrante*, Roma: Ministero degli Affari Esteri.  
 MURENA Héctor A.  
 1954 *El pecado original de América*; Buenos Aires: Sur.  
 PAYRÓ Roberto J  
 1898 *La Australia argentina*, Buenos Aires: Centro Editor, 1982.  
 PONCE Aníbal  
 1927 *La vejez de Sarmiento*; Buenos Aires: L. J. Rosso.  
 1938 *Sarmiento: constructor de la nueva Argentina*, Buenos Aires: El Ateneo.  
 ROJAS Ricardo  
 1907 *El país de la selva*, Paris: Garnier, 1907.  
 1909 *La restauración nacionalista*, Buenos Aires: La Facultad, [1922].  
 1911 *Bibliografía de Sarmiento*, Buenos Aires: Coni Hnos.  
 1917-22 *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires: La Facultad.  
 1941 *El pensamiento vivo de Sarmiento*, Buenos Aires: Losada.  
 1945 *El profeta de la Pampa*; Buenos Aires: Losada.  
 SARMIENTO Domingo F.  
 1845 *Facundo*; Buenos Aires: Losada, [1963].  
 SUX Alejandro  
 1911 *La juventud intelectual de la América Hispana*, Buenos Aires: S. Ponzinibbio.  
 VILLANUEVA Amaro  
 1936 *El mate, el arte de cebar y su lenguaje*, Buenos Aires: Claridad 1936; Buenos Aires: Cia. General Fabril Editora, 1960.

**BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA****Bibliografía meta-textual:**

- ANDERSON Perry  
 1992a *A zone of engagement*, London-New York: Verso.  
 1992b *English questions*, London-New York: Verso.  
 BACHTIN Michail M  
 [1979] *Estetika slovesnogo tvorcestva*, (Comp. S.G.Bocharov), Moscow: Iskusstvo (tr.esp: *Estética de la creación verbal*, México: Siglo XXI, 1982).  
 [1997] *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores*, Barcelona: Anthropos.  
 BRANNIGAN John, ROBBINS Ruth & WOLFREYS Julian  
 1996 *Applying: to Derrida*, London: Macmillan Press.  
 CURRIE Mark  
 1988 *Postmodern Narrative Theory*, London: Macmillan Press.  
 CORTI María  
 1976 *Principi della comunicazione letteraria*, Milano: Bompiani.  
 DELEUZE Gilles  
 1968 *Différence et répétition*, Paris: PUF.  
 1996 *Le monolinguisme de l'autre*, Paris: Galilée.  
 DELEUZE Gilles & GUATTARI Félix  
 1969 *Logique du Sen*, Paris: Minuit.  
 1972 *Capitalisme et schizophrénie: l'Anti-Oedipe*, Paris: Minuit.  
 DERRIDA Jacques  
 1967a. *De la Grammatologie*, Paris: Minuit.  
 1967b *L'écriture et la difference*, Paris: Seuil.

- (1987) «Living on: border lines» in AA.VV., *Deconstruction and Criticism*, New York: Continuum Books, 1987: 84 y ss.
- ECO Umberto  
 1979 *Lector in Fabula* Milano: Bompiani.  
 1994 *Sei Passeggiate nei Boschi Narrativi*, Milano: Bompiani.  
 1995 *Interpretazione e Sovrainterpretazione*, Milano: Bompiani.  
 1962. *Opera Aperta*, Milano: Bompiani.  
 1975 *Trattato di Semiótica Generale* Milano: Bompiani.  
 1983 *Apostille au Nom de la Rose*, Paris: Grasset.
- EPSTEIN William (ed.)  
 1991 *Contesting the subject*, West Lafayette: Purdue University Press.
- FEYERABEND Paul  
 1974. *Against the Method: Outline of an Anarchistic Theory of Knowledge*, Atlantic Highlands, N.J.: Humanities Press.
- GRAMSCI Antonio  
 1919 «La Città Futura (1917-1918)» in Gramsci, A. [1982].  
 1919b «Il nostro Marx (1918-1919)» in Gramsci, A. [1984].  
 [1975] *Quaderni del carcere*, (a cura di: Valentino Gerratana), Edizione critica dell'Istituto Gramsci, Torino: G. Einaudi. Vols. I-IV .  
 [1982] *Scritti 1913-1926*, (a cura di: Sergio Caprioglio) Torino: Einaudi, Vol. II.  
 [1984] *Scritti 1913-1926*, (a cura di: Sergio Caprioglio), Torino: G. Einaudi, vol. III.
- HARTMAN Geoffrey H.  
 1981 *Saving the text: literature, Derrida, philosophy*: Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- KAMUF Peggy  
 1997 *The division of literature, or, The university in deconstruction*, Chicago: University of Chicago Press.
- KAMUF Peggy (ed.)  
 1991 *A Derrida reader: between the blinds*, New York: Columbia University Press.
- KÖGLER Hans H.  
 1996 *The Power of Dialogue*, Cambridge, Massachusetts-London: The MIT Press.
- JOHANSEN Jorgen Dines  
 1993 *Dialogic Semiosis*, Bloomington & Indianapolis: Indiana University Press.
- LOTMAN Juri  
 1985 *La semiosfera*, Venezia: Marsilio.
- LOTMAN Juri & USPENSKI Boris A.  
 1971 «O semioticheskoni mehanizme kul' tury», *Semeiotiké. Trudy po znakovym sistemam*, 5, Tartu, pp.: 144-66; (tr.esp.: «Sobre el mecanismo semiótico de la cultura», en LOTMAN Juri, *La semiosfera (III). Semiótica de las artes y de la cultura*, Madrid: Cátedra, 2000:168-193).
- MANCUSO Hugo Rafael  
 1988 «Facundo o el drama argentino», *Todo es Historia*, 255, septiembre.  
 1990a «Tradiciones semióticas» *Ad-VersuS*, diciembre, 1: 3-6 (reedición: *Ad-Versus*, [en línea], Junio 2004, I, 1, [citado septiembre de 2011], disponible en <http://www.adversus.org/indice/nro1/articulos/articulos1-tradiciones.htm>)  
 1990b «La investigación literaria en el marco de una teoría semiótica de la cultura (Introducción a una teoría general del estudio de las lecturas)» *Ad-Versus*, diciembre, 1:11-32, (reedición: *AdVersuS*, [en línea], Junio 2004, I, 1, [citado septiembre de 2011], disponible en: <<http://www.adversus.org/indice/nro1/articulos/articulo2-lainvestigacionliteraria.htm>>  
 1998 «Da italoamericani a euroamericani», *Quaderni Fondazione F. Angelli*, III IV.  
 1999 *Metodología de la Investigación en Ciencias Sociales*, Buenos Aires: Paidós.

- 2000 «Etogénesis y culturalismo en la sociedad contemporánea», en AA.VV, *Memoria e Intercultura*, Buenos Aires: Corregidor.
- 2002a «Los anarquistas italianos en el Río de la Plata (1870-1914)»; Roma-Buenos Aires: *Ad-versus*, XIII, I.
- 2002b «El anarquismo de Torino y el exilio a América (1870-1914). La “segunda cultura” anarquista y sus relaciones con Antonio Gramsci»; Roma: *Ad-versus*, XIII, II.
- 2003a «La formación del pensamiento social de Gramsci durante la Primera Guerra Mundial»; Roma: *Ad-versus*, XIV, I.
- 2003b «Los anarquistas y sindicalistas de Torino durante el *Biennio Rosso*»; Roma: *Ad-versus*, XIV, II.
- 2003c «Productivismo, culturalismo y antijacobinismo de los anarquistas piemonteses y rioplatenses» *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 53.
- 2005a *La Palabra viva. Teoría verbal y discursiva de M. M. Bachtin*, Buenos Aires: Paidós.
- 2005b *Associazioni Italiane di Buenos Aires (1860-1980)*, Roma: IIRS/CNR.
- MANCUSO Hugo R. (compilador)
- 2007 *Ars poetica, ars política. Arte, política y crítica cultural (argentina, 1920-1980)*, Buenos Aires: Miño & Dávila.
- MERRELL Floyd
- 1992 *Sign, Textuality, World*, Bloomington & Indianapolis: Indiana University Press.
- MILLER Joseph H.
- 1982 *Fiction and repetition: seven English novels*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- 1987 *The Ethics of Reading: Kant, de Man, Eliot, Trollope, James, Benjamin*. New York: Columbia UP.
- PAGE Joseph A.
- 1983 *Perón, a Biography*, New York : Random House; (tr. esp. : *Perón*. Buenos Aires: Círculo de Lectores, 1984, T° 1).
- PARAIN-VIAL Jeanne
1969. *Analyses structurales et idéologies structuralistes*, Toulouse: Privat.
- PEIRCE Charles S.
- [1931-35] *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, HARTSHORNE Charles & WEISS Paul (eds.), Cambridge, MA.: Harvard University Press.
- SEGRE Cesare
- 1963 *Lingue, stile, società*, Milano: Feltrinelli.
- SURIANO Juan
- 2001 *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*, Buenos Aires: Manantial.
- USPENSKI Boris
- 1976 «Historia sub specie semioticae», in *Kul'turnoe nasledie drevnei Rusi (Istoki, stanovlenie, traditsii)*, Ed. BAZANOV V.G. , Moscow: Nauta, pp. 286-92 (tr. esp.: LOTMAN Iuri M y Escuela de Tartu. *Semiótica de la cultura*, Madrid: Cátedra, 1979, 209-18).
- VATTIMO Gianni
- 1986 *La fine della Modernità*, Milano: Bompiani.
- WEINREICH Uriel
- 1976 *Sprachen in Kontak: erghnissi und probleme der weisprachigkeistsforschung*, München: Verlag C.H.Beck.
- WITTGENSTEIN Ludwig
- 1921 *Tractatus Logico-Philosophicus*, London: Basil Blackell; (tr. esp.: Madrid: Alianza, 1973).
- 1953 *Philosophische Untersuchungen*, Oxford: Oxford University Press, [1958].

WOLFREYS Julian

1998 *Deconstruction & Derrida*, New York: St. Martin's Press.

ZANATTA Loris

1994 «Del Estado liberal a la Nación Católica: Iglesia y Ejército en el origen del populismo argentino», *Boletín del CEHILA*, 49, Abril-Agosto, pp. 14-73

### Bibliografía textual:

AZARA Félix de

[1847] *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*, Madrid: Imprenta de Sánchez; Buenos Aires: Bajel, 1943.

BORGES Jorge Luis

1944 «El fin», en *Obras Completas 1923-1949, Artificios*, Buenos Aires: Emecé, 1989: 519-21.

1949 «Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)», en *Obras Completas 1923-1949, El Aleph*, Buenos Aires: Emecé, 1989: 561-63.

D'AMICO Carlos

1891 *Buenos Aires. Su naturaleza, sus costumbres, sus hombres. Observaciones de un viajero desocupado*, Buenos Aires: Kraft.

ECHEVERRÍA Esteban

1871 *El matadero*, Buenos Aires: Kapelusz, 1946.

JUSTO Juan B.

1896a. «Discurso de fundación», *La Vanguardia*, 28 de junio.

1896b *La teoría científica de la historia y la política argentina*; Buenos Aires: La Vanguardia.

1897 «¿Por qué somos fuertes?», *La Vanguardia*, 1 de mayo.

1902 «El socialismo», *La Vanguardia*, 17 de agosto.

LUGONES Leopoldo

1913 *El payador*; Buenos Aires: Centurión [1916].

1924 «La hora de la espada», en *La Patria Fuerte*, Buenos Aires: Biblioteca del Oficial del Círculo Militar [1930]: 17-19.

MARECHAL Leopoldo

1948 *Adán Buenosayres*, Buenos Aires: Sudamericana.

PALACIO Ernesto

1954 *Historia de la Arentina 1515-1957*. Buenos Aires: Peña Lillo.

PONCE Aníbal

1936 *Educación y lucha de clases*; Buenos Aires: L. J. Rosso.

1937 *Humanismo burgués, humanismo proletario*; Buenos Aires: L. J. Rosso.

ROJAS Ricardo

1908a *Cosmópolis*; Buenos Aires: La Facultad.

1908b *Blasón de plata*; Buenos Aires: La Facultad.

1924 *Eurindia*, Buenos Aires: La Facultad.

SÁENZ VALIENTE José María

1942 *Compendio de historia colonial americana y argentina*, Buenos Aires: Estrada.

SARMIENTO Domingo F.

1850 *Recuerdos de provincia*, Santiago de Chile: Julio Belin y Co.

1850b *Argirópolis*; Buenos Aires: La Cultura argentina, 1916.

1883 *Conflictos y armonías de las razas en América*; Buenos Aires: S. Ostwald.

[1955-1961] «Discurso de Chivilcoy» en *Obras Completas*, Buenos Aires: Senado de la Nación (Vol. XXIX: 158-160).

SCALABRINI ORTIZ, Raúl

1931 *El hombre que está solo y espera*, Buenos Aires: Gleizer.

